

Vildósola - 1868 - V

LA
SOLUCION ESPAÑOLA

EN EL REY Y EN LA LEY.

OPÚSCULO POLÍTICO,

POR A. J. DE VILDÓSOLA.

~~~~~

*Ne memineris iniquitatum nostrarum  
antiquarum, cito anticepent nos mise-  
ricordia tua: quia pauperes facti sumus  
nimis.*

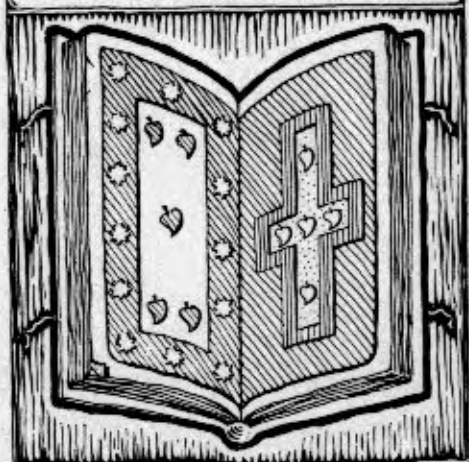
~~~~~

TERCERA EDICION, AUMENTADA.

MADRID:
A. PEREZ DUBRULL, EDITOR.

1868.

JVAN RAMON DE VRQVIJO' REN



LIBVRVETATIK BÄT

M. 12991
R. 6435

A.T.V.
3664

LA

SOLUCION ESPAÑOLA



EN EL REY Y EN LA LEY.

OPÚSCULO POLÍTICO,

POR A. J. DE VILDÓSOLA.

Ne memineris iniquitatum nostrarum
antiquarum, cito anticipent nos mise-
ricordie tue: quia pauperes facti sumus
nimis.

TERCERA EDICION, AUMENTADA.

MADRID:

A. PEREZ DUBRULL, EDITOR.

1868.

DOS PALABRAS ACERCA DE ESTA EDICION.

En menos de quince dias, por un sencillo anuncio del periódico LA ESPERANZA, sin que se hablara, ni se recomendara, ni se rechazara su lectura por los demas periódicos de Madrid, donde hasta ahora no ha podido ponerse á la venta, LA SOLUCION ESPAÑOLA EN EL REY Y EN LA LEY ha llegado á esta tercera edicion, consumidas dos de á dos mil quinientos ejemplares cada una.

Tal éxito, sin precedentes en España, debe consignarse, no ciertamente como prueba de la novedad de las ideas que en el opúsculo se presentan, ó del mérito literario con que se han espuesto, sino como testimonio casi irrecusable de los sentimientos del pueblo español, á los que se ha respondido en los principios que el opúsculo sostiene, y en la solucion que para las actuales gravísimas circunstancias propone como la mas natural y la única salvadora.

Consignado esto, y aparte de lo que en un conciso APÉNDICE se añade para señalar los sucesos que en estos últimos dias han confirmado ya nuestro juicio y pronósticos respecto de las personas y de los mismos sucesos, el autor afirma su deseo vehemente y su firme voluntad por lo pasado, como para en adelante, de no escribir una sola página que no tenga por objeto, ó conducir al bien, ó separar del mal, mirando siempre por los verdaderos intereses de la nacion.

I.

Desde el momento mismo en que las llamadas *Cortes del reino*, apoyándose por una parte en el testamento que se arrancara á la agonía de Fernando VII, y por otra en el principio de la soberanía nacional, hubieron colocado la Corona de España en las sienes infantiles de doña Isabel de Borbon, pudo preverse, y se previó en efecto, que ni un solo día seria llevada la Corona quieta y pacíficamente. Porque ó el derecho, victorioso en la lucha armada que iba á emprenderse, la pasaria á su legítimo representante con su brillo tradicional, ó porque, siempre insegura si era mantenida por la fuerza de las armas en las sienes en que fuera colocada, iria perdiendo gradual y constantemente el esmalte de la tradicion, y aun así habia de ofuscar la mirada de las ambiciones, hasta que sin valor ninguno, ni como signo de poder ni como joya de abolengo, rodara por los suelos hecha pedazos.

Treinta y cinco años ha tardado en cumplirse esta última parte del vaticinio; en la primera puntualmente ha sido confirmada, y aun los hechos han dejado atras las previsiones, pues no ha pasado día sin que corriera por campos y calles sangre española, sin que llevara á los corazones amplio contingente de angustias, sin que hiciera brotar en el seno de las familias copioso raudal de lágrimas.

Historia de libertad, de progreso, de regeneracion, se llamaba ayer todavía á la historia de esos treinta y cinco años; hoy se la llama de otro modo: el nombre verdadero se lo dan esa sangre constantemente vertida, esas angustias incesantemente renovadas, esas lágrimas que jamás han podido enjugarse.

Al considerar la situacion formada aquí hace pocos dias, no puede uno menos de preguntar qué es lo que ha pasado, qué es lo que ha caido, y qué es lo que se va á levantar ó se quiere levantar. No ha caido el Trono, y, al contrario, la institucion se conserva mas firme que nunca; que de no ser esto así, otras serian las perturbaciones en que ya hoy mismo nos viéramos envueltos. No han cambiado las condiciones sociales del pais; y, lejos de eso, toda aspiracion en semejante sentido es enérgicamente combatida por los partidos y los hombres dominantes. No ha habido siquiera en el órden personal esas mutaciones radicales que por sí solas, desde el primer momento, modifican la existencia de un pueblo; pues que, en suma, en el personal de los ministros y altos dignatarios de la Revolucion triunfante vemos á los mismos, mismísimos hombres que en épocas muy recientes fueron ministros y altos dignatarios del régimen caido.

Lo que ha caido es precisamente lo que, al parecer, se conserva aun en pie, y lo que ademas se dice que se debe restaurar: ha caido el sistema parlamentario, ó constitucional, ó representativo, que de todos esos modos y de otros se le llamaba y se le llama; y porque lo caido es eso, un sistema todo él de corrupcion, basado sobre la corrupcion, y que de la corrupcion ha vivido, se explica lo que hemos visto desde que la Revolucion quedó victoriosa; se explica la moderacion como la alegría del pue-

blo al recordar los sufrimientos pasados y al verse libre de la lepra de la inmoralidad y de la causa y de la ocasion que la producía; se esplica la inquietud, que en algunos hombres reflexivos raya en angustia, cuando, al fijarse en el porvenir, oyen que se habla nuevamente de monarquía constitucional ó parlamentaria.

En cuanto á la situacion actual, es decir, á lo que constituye el orden de cosas que hoy existe, no puede ser definido, no tiene forma, y, por lo tanto, no admite nombre. Vive hasta cierto punto de la vida de ayer, pero no puede representar el pasado, y se desvanece al fijarse en el porvenir. España no es hoy una república, aunque no reconoce monarca; no es una monarquía, aunque el Trono está en pie; ante ciertos actos se piensa en la dictadura, mas á seguida otros actos nos hacen creer que estamos en la anarquía, sin que nada se determine ni aun se caracterice. De forma que propiamente la situacion es un paréntesis en blanco, una serie de puntos suspensivos, en los que cada uno puede ver ó leer lo que le plazca, entre lo que ha existido y lo que debe reemplazarlo, entre la vida de ayer y la vida de mañana.

Tras de este pasado horrible y en esta situacion indefinible, nos encontramos con las contingencias del porvenir, ya hoy múltiples en la inteligencia y en el deseo de los hombres, y que parece han de serlo igualmente en el curso de los sucesos. Todos los sistemas y todas las formas están en juego y en pugna; para cada sistema se busca un representante, y se quiere completar las formas de modo que sean perfectas.

Pidese la república, y, adoptado el principio por la democracia, divídese en cuanto á la forma: la república federativa tiene partidarios, como los tiene la república

unitaria; el republicano socialista, que pide la dictadura del Estado, se levanta contra el republicano individualista, que quiere suprimir el Estado como poder político, haciendo de él un simple agente administrativo. Y se oye á unos y otros republicanos ponderar la escelencia de una Asamblea federal soberana, ó pedir que se equilibre el poder entre una Asamblea y un presidente. Y aparecen como candidatos para el cargo presidencial los nombres de Prim, Espartero, Rivero, etc., etc., nombres rechazados y aceptados por las distintas parcialidades republicanas.

Claman, en tanto, otros hombres por la monarquía, pero tambien se dividen apenas esa palabra ha salido de sus labios. Los que entre ellos consideran la forma monárquica como lo mas perfecto, presentan para la trasmision y permanencia de la Corona, y como candidatos al Trono, al príncipe D. Alfonso ó al duque de Montpensier, y disputan con los que solo aceptan la monarquía como lo menos malo posible hasta que las ideas republicanas maduren y cambie la situacion de Europa, apelando, para ocupar ese Trono temporal con que sueñan, á un príncipe inglés, francés ó italiano.

Así las cosas, hablándose de todo esto en la prensa y en las mil tribunas levantadas en la plaza pública, queda señalado el objeto de estas páginas que la conviccion mas íntima y el patriotismo mas desinteresado nos dictan, y que presentamos, segun nuestra costumbre, á cara descubierta.

Vamos á examinar aquí lo que ha sido nuestro estado, lo que es, lo que debe ser; vamos á justificar lo que hemos enunciado y á ampliar lo que hemos indicado, combatiéndolo y condenándolo en nombre del derecho y de la razon, de la dignidad y de los intereses de España.

Es imposible aquí la república federativa ó unitaria,

porque á la república le es contrario el sentimiento general del pais y el de Europa, y porque para aceptar y conllevar la vida federal no hay condicion ninguna en la mayor parte de nuestras provincias.

Es imposible la dictadura militar ó la de las turbas: esta, porque todo lo arrasa y supone la muerte ó el completo desquiciamiento de la sociedad; aquella, porque seria arrasada por las insurrecciones militares, renovándose los excesos pretorianos, y poniéndonos bajo la planta de los genízaros.

Es imposible la monarquía constitucional de tal ó cual príncipe mas ó menos extranjero, porque habria en ello un insulto insoportable á la sensatez y dignidad del pueblo español, ademas de un ataque á su vitalidad; porque, por otra parte, no se puede restaurar lo que ha caído, y con tal caída y por tales causas; porque, finalmente, mal podria una ficcion constitucional, que ningun Trono ha protegido nunca en ninguna parte, cortar ni comprimir las sublevaciones é insurrecciones que la misma ficcion estimula donde quiera, pero mas aquí que en ningun otro pueblo de Europa.

No; nada de eso es posible sin la completa degradacion y la completa ruina de nuestra patria. Pero, por su dicha, para su tranquilidad y gloria futuras, queda una cosa posible; tenemos una solucion salvadora: la que restaure el antiguo y legítimo Trono español en la persona de D. Carlos de Borbon, augusta encarnacion del derecho nacional y representacion genuina de las nacionales tradiciones.

Así, combatiendo lo que no queremos, defendemos lo que deseamos.

Deseamos un Rey que reine y gobierne, á la vez que deje á los pueblos administrarse á sí mismos; y deseamos

esto último, porque al administrarse de ese modo, admitida una verdadera representacion cerca del poder único é indivisible que esté sobre todos porque á su vez á todos les representa, los pueblos lograrán curarse radicalmente la lepra de la inmoralidad que nos ha venido manchando y consumiendo, y lograrán igualmente disfrutar de una paz y una tranquilidad que solo conocen por tradicion, que para las generaciones de esta mitad de siglo no han existido.

Trono católico, permanente, independiente; Rey que reine y gobierne, para que sean imposibles esas ambiciones que se alimentan y se satisfacen por conspiraciones; restauracion, en una palabra, dentro de las circunstancias de los tiempos, de la monarquía española, que siempre se acomodó á los tiempos y se anticipó á ellos, sin dejar de ser independiente. Y recordemos, con la historia en la mano, para que se disipen vanos fantasmas en el momento en que se empieza la obra de la restauracion; recordemos que el Trono español, desde la conversion de Recaredo hasta que se sentó en él la oligarquía doctrinaria en los albores de la Revolucion moderna, jamás ha sido ocupado por ningun tirano.

II.

Ocupándose el ilustre Balmes de las consecuencias que hasta 1844 habian tenido los actos y los cambios de 1833, escribia estas palabras de tan terrible elocuencia, menos terribles y elocuentes, sin embargo, que los hechos que en ellas se señalan:

"Levantad con la imaginacion, decia aquel escritor *oscurantista*, el único que con Donoso ha legado sus obras

á la posteridad y á Europa; levantad con la imaginacion innumerables piras de base colosal, de altura inmensa; arrojad en ellas los tesoros, las preciosidades de la nacion, el fruto de los sudores de familias sin cuento; haced que ardan en todos los puntos de España; abrid en torno de ellos anchurosos lagos, y llenadlos de sangre; contemplad interminables hileras de valientes tendidos en el polvo, y cuando la imaginacion haya hecho tan horribles esfuerzos, todavía os habrá escedido la realidad."

En 1844 se escribían estas palabras, que compendian los sucesos de doce años; y las mismas pueden escribirse en 1868 para compendiar los acontecimientos ocurridos entre nosotros desde la primera hasta la última fecha. Siempre el incendio, siempre la destruccion, donde quiera sangre; un motin cada mes, una insurreccion cada año, una revolucion cada tres. Y al lado, y marchando á la par con los espectáculos horribles, los espectáculos repugnantes: sobre la ruina de la fortuna pública, la creacion de enormes fortunas particulares; sobre la humillacion de la patria, el triunfo de los partidos; sobre la division de los pueblos y de las familias, el rebajamiento y la abyeccion de caracteres en los individuos; sobre la honradez y la virtud, escarnecidas y aherrojadas como signo de apocamiento de ánimo y de apego á caducas preocupaciones, la relajacion y el vicio imperantes y cubiertos de honores, si no de honra. ¡Qué de monstruosas contradicciones cínicamente ostentadas en los hombres! ¡Qué de cambios inesperados é injustificados, que el capricho realizaba con desenfado y la ambicion aplaudia sin medida, en las cosas! Y con esto se ha producido la ruina mas sensible, porque al fin las ruinas materiales se restauran ó hay compensacion para ellas; pero no se restaura, ni con nada se compensa, la ruina de los

instintos viriles en los pueblos y de los sentimientos morales en los individuos, producto lo primero de lo segundo cuando el pueblo se cansa de una lucha en que siempre se le arrebatara el triunfo, y consecuencia lo segundo de un estado de cosas que acepta todos los hechos y justifica todos los medios.

Sin embargo, del estado de cosas, mas que de las personas, han salido los males que señalamos y lamentamos, y tenemos de ello una prueba irrecusable en las acusaciones que hoy se dirigen á las personas por los mismos sobre quienes recaen de plano y á plomo esas acusaciones.

Há pocos dias, en el documento mas importante que ha salido del supremo poder revolucionario, porque ese documento es una confesion y un alegato de circunstancias atenuantes, en la circular del ministro de Estado, hemos podido leer clara y distintamente la prueba auténtica de lo que el doctrinarismo ha venido haciendo entre nosotros desde que se entronizara.

En ese documento se señalan admirablemente los cambios de todos los dias á que ha estado sujeto el pais y las perturbaciones que se producian en la vida de los pueblos; pero si alesponer aparece admirable, al condenar muéstrase sobremanera injusto, porque, una de dos: ó debia echar la responsabilidad de tantos males sobre el sistema, de lo cual está muy lejos, ó debia, al tratar de abrumar con esa tremenda responsabilidad lo que abruma ya tristemente el infortunio, dividirla entre la persona de quien procedian los actos y aquellas otras que los aconsejaban, aceptaban y esplotaban.

Sin duda la naturaleza, sin duda la educacion, entraban por algo en los cambios sin razon plausible ni objeto reconocido; pero no entraban por menos las ambiciones de los

hombres que, haciéndose de maestros cómplices, aceptaron ese oficio ó ese papel por espacio de largos años. Divididos entre sí, hacíanse cruda guerra los que estaban fuera de turno con los que ejercían las funciones, sin que por lo demas ninguno pretendiese cesar en el empleo. El descontento se mostraba en conspiraciones, y de las conspiraciones han salido aquí, por una parte, esos cambios, no en la política, sino en el personal que dirigía la política, y, por otra, esas situaciones de fuerza, que jamás, por ficticias y mal entendidas, han consolidado ni mantenido nada.

Y seamos francos: tan acostumbrados estaban los pueblos al espectáculo, que, á pesar del programa de Cádiz, no creyeron que en la última insurreccion se iba á darnos otro; hoy mismo dudan de que los hechos hayan correspondido á los deseos al ir tan adelante; y razon hay para todo, porque durante el curso de la insurreccion, y hoy mismo, se descubre en lo que ha sucedido, y por parte de sus iniciadores, mas que una lucha de ideas, una riña de cómplices, ya que no digamos un juego de compadres.

Seamos francos: se elogia la moderacion del pueblo de Madrid, armado y dueño de la ciudad, y los elogios son justos, y nosotros hemos sido los primeros en tributarlos; pero el pueblo no podia hacer otra cosa: los últimos cómplices de tantos males habian escapado á su accion, y si volvía á vengarse de los demas, hallábalos en los que le habian traído el triunfo de que gozaba.

El pueblo, con su admirable instinto, comprendió todo esto, y de ahí su moderacion; comprendió á la vez que el responsable principal era el sistema, y que el sistema era lo que se venia al suelo, y de ahí tambien su moderacion, de ahí su alegría.

Y eso es lo cierto y lo que no debemos cansarnos de repetir á cada paso : ha caído el parlamentarismo , el doctrinarismo , no otra cosa ; y como aun quedara su cadáver insepulto en esas calles , ha venido á pesar sobre él , cual losa funeraria , la circular del señor ministro de Estado . No se pretenda dar vida á ese cadáver ; no es ya posible Constitucion escrita por el doctrinarismo para que el doctrinarismo la practique . La Constitucion , entendedlo bien , naceria muerta , porque con la circular revolucionaria en la mano , al escribirse el artículo que consagrara la inviolabilidad del monarca , pediríamos nosotros que se invalidase el artículo para el caso de que el monarca perdiera el carácter augusto , y pediríamos asimismo se ampliase la invalidacion con una nota que espresara qué casos eran esos ; si lo augusto , por ejemplo , se mantenía á pesar del favoritismo de un general , ó se perdía á causa del favoritismo de un palaciego .

No se pretenda resucitar el cadáver del doctrinarismo , que ya en los gobiernos de Europa forma la escepcion , y que ha sido condenado en todas partes por la moral y la razon despues de formársele el proceso por sus actos . Aceptado única y últimamente en Austria , á la que arrastra á su pérdida ; sin prestigio tras una vida bochornosa de diez años en Italia , donde ya se pide su caída , Napoleon , para gloria de Francia , supo prescindir de él , y Bismark , para engrandecimiento de Prusia , lo está escarneciendo hace ya muchos años .

Todas esas fórmulas exteriores del doctrinarismo , la responsabilidad ministerial , la libre discusion , el gobierno de la razon , el gobierno por el pueblo y para el pueblo que interviene en la cosa pública por sus representantes , todo eso que nunca pasó de ser un sueño , ha caído hoy en el

mayor descrédito. Ese sistema en que se dice que la razón lo es todo, solo puede vivir de la corrupción, y siempre vive sujeto á crisis violentas que únicamente resuelve la fuerza. Por consecuencia de una responsabilidad ilusoria, los gobiernos solo piensan en contentar á los cuerpos que pueden exigirles esa responsabilidad, despues de formar esos cuerpos á su gusto: por natural resultado de las atribuciones que se les confían, esos cuerpos, cuya codicia y ambición están siempre escitadas y ante nada se detienen, porque no hay soberanía sobre su soberanía, provocan una crisis á cada paso, y acaban con los gobiernos y el órden público á fuerza de crisis.

Sistema de intrigas y arterías, sistema de seducción y de intimidación, en el que todos los medios son legítimos y van á parar al empleo de la fuerza, medio á su vez reprobado é ilegal segun todas las teorías, y condenado por todos los juramentos, pero que todo coopera á que se emplee, y que se hace legítimo y se ve glorificado tan pronto como logra el triunfo—salvo se diga, por un resto de pudor, que es en realidad el supremo cinismo, que los adversarios han provocado el empleo de la fuerza con que han sido vencidos. ¿No es esto lo que hoy se dice? ¿No es esto lo que ahora oímos?

Basta ya de esos gobiernos, que aquí carecerían hasta de esa *media legitimidad* de que en extraño lenguaje diplomático nos ha hablado la circular del ministerio; basta de gobiernos puramente de hecho, nacidos al calor de una conspiración que al abortar se impone, caídos por la fuerza de una conspiración que al triunfar acepta lo que la motivara, y en que todo pende del humor con que se levantan ó se acuestan media docena de generales.

Se ha visto que esos gobiernos no tienen el sentimiento

de su derecho, porque han prescindido de toda idea de justicia; que solo á su pesar, y siempre débilmente, tienden hácia el bien, mientras ejecutan el mal conscientemente y por natural inclinacion; que conceden la libertad á los hombres á quienes temen, y oprimen á los que desinteresadamente les apoyan, hasta que, despues de haber reducido considerablemente con sus actos y ejemplos el número de los hombres de bien, abandonados por esos hombres que constituyen la verdadera fuerza del pais, caen al menor choque, ó aun sin choque aparente, dejando el pais á merced del azar y en manos que jamás sobre él debieran ponerse. ¿No es esto lo que hemos presenciado una, dos y diez veces, y lo que estamos á punto de presenciár nuevamente?

Nadie esperaba lo que ha sucedido; nadie temia una caída tan rápida; nadie contaba con un éxito tan fácil. Un cambio radical se ha realizado aquí, y son contados los que, hecho el cambio, no lo aplaudieron, y aun son menos los que hoy no saben y sienten que la monarquía doctrinaria, sea ó no de *media legitimidad*, ha perdido definitivamente su causa; que España no volverá á admitirla, cámbiense ó modifiquense de este ó del otro modo sus condiciones. Restablecer el doctrinarismo seria ir contra la voluntad y los deseos del pueblo, contra la soberanía nacional, y escamotear el triunfo al pueblo en beneficio de una ó dos parcialidades ó pandillas, para que la inmoralidad siguiera manchándonos y consumiéndonos, para que volviésemos á la vida de corrupciones y conspiraciones, de insurrecciones y traiciones, que ahora deben y pueden cesar para siempre.

El pueblo español no tolerará por mas tiempo esos espectáculos, ni á los hombres de esos espectáculos; si los

tolerara, podríamos predecir para nuestra patria lo que el orador romano para la suya, cuando decia: *Quis neget omnes leves, omnes cupidos, omnes denique improbos esse servos?* Y, como él al escribir á Atico, podríamos igualmente exclamar, rompiendo nuestra pluma: "¡Hé aquí la muerte innoble en que perecemos!"

III.

Si el sistema doctrinario es en realidad lo que hemos visto, y esto nadie puede ponerlo en duda; si además es lo que ha caído por el golpe de la Revolución victoriosa, y esto es una verdad que resalta en el fondo de todos los hechos; si, por último, nada se presta lógicamente en la situación á restablecer lo pasado, y también esto hemos de verlo, desde luego se hallan aquí grandes dificultades, ó mas bien imposibilidades, para el establecimiento ó restablecimiento, que piden algunos partidos, de una monarquía parlamentaria ó constitucional. Una profunda repercusión lógica, que diría el Sr. Lorenzana, nos sale al encuentro para detenernos en ese camino, diciéndonos que, á escepcion de la de D. Carlos, toda monarquía que aquí se levantara sería forzosa y necesariamente parlamentaria; que para esa monarquía parlamentaria no se halla monarca mas natural y lógico que el hijo de doña Isabel de Borbon, y que por lo tanto los hombres de Cádiz, los que han contribuido á la caída de lo que existía y constituyen esta cosa informe que hoy existe, se condenan dos veces al pedir esa monarquía, bien rechacen, bien acepten como Rey al hijo de la que fuera su soberana aclamada.

Porque, en efecto, si restauran la monarquía que han derribado, salvo un cambio de personas, se les condena por una parte en nombre de la Revolucion y por otra en nombre de la Constitucion por cuyo prestigio dicen que se levantaron en armas; y si apelan para esa monarquía al príncipe D. Alfonso, de sus dos inconsecuencias salen dos condenaciones: la del hecho que desean, y la de la persona á que apelan para realizarlo. Ya que por haber perdido, con lo augusto de su carácter, la inviolabilidad constitucional, haya podido derribarse del Trono á doña Isabel de Borbon, ¿por qué, si se deja el Trono como estaba, no se ha conservado al hijo? ¿Quién con mas ni mejores títulos para esos mismos revolucionarios de hoy, que ayer todavía, como ministros de la madre, trabajaban por que la nacion se ligara al regio vástago con un juramento que ellos ya habian prestado?

Ó dos veces inconsecuentes, ó dos veces perjuros, y siempre condenados por dos motivos si pretenden levantar la monarquía y sea quien fuere su candidato al Trono: hé aquí lo que para los hombres de la situacion se encierra en los proyectos monárquicos.

Pero aparte de esto; aparte de lo que en el restablecimiento de la monarquía doctrinaria acabamos de ver respecto de los hombres que la desean y trabajan por llevarlo adelante, y respecto á las imposibilidades por lo que es esa monarquía, tropezamos con las mismas en las personas de los candidatos: como todos ellos tendrian que ser, si ocuparan el Trono, monarcas doctrinarios, la imposibilidad en la cosa se estiende á la persona. Aun no es eso todo; aunque se prescindia del carácter de la monarquía, hay en todos y cada uno de los candidatos obstáculos invencibles para que la candidatura se convierta en hecho. A escepcion

de D. Alfonso, de quien en primer término nos vamos á ocupar, los demas no pueden reinar en España, ó por su origen extranjero, ó por su religion, que no es la de nuestra patria, ó por otras circunstancias que sucesiva y sumariamente espondremos tambien en el curso de este escrito.

Perdónenos la augusta señora que lejos de la patria en que viera la luz, y arrojada del Trono en que se mirara desde niña, sufre tantos y tan amargos desengaños; perdónenos lo que vamos á indicar, violentando nuestros sentimientos, solo porque lo creemos conveniente para el bien de España, y acaso para la tranquilidad de la misma augusta señora y de su prole inocente. Doña Isabel de Borbon no puede querer, no puede aspirar á que su hijo se sienta en el Trono de España, ni como Madre, ni como Reina, ni como Dama española.

Cuando en estos dias primeros de emigracion se la represente con la mayor viveza de colorido la serie de los acontecimientos de su reinado, tanta sangre vertida, tanta ruina amontonada, sangre y ruinas sobre las cuales se asentaba su Trono, es imposible que en doña Isabel de Borbon no se sobreponga el sentimiento maternal, que quiero para los hijos la felicidad apacible, al de la ambicion que busca sus satisfacciones en un poder á costa de tantas tristezas, amarguras y remordimientos conquistado y mantenido, y que tan fácil y míseramente se viene al suelo. Al mismo tiempo, como Reina de hecho que ha sido en una guerra y tras de una guerra civil cuyos horrores se le han de representar igualmente ahora como nunca, doña Isabel de Borbon, que debe saber y sentir que sin lucha civil, aun mas horrible que la pasada, no se levantaria para su hijo el Trono caido, no puede dejarse llevar ni de la ambi-

cion, que jamás ella ha demostrado abrigaba, ni de la venganza, sentimiento que en ella apenas se ha entrevisto, hasta el punto de provocar nuevas luchas, tomando sobre sí y por completo tal responsabilidad, despues de la que puede alcanzarla por las luchas pasadas. Finalmente, dama española, como con digna frase lo declaró en su protesta, doña Isabel de Borbon no querrá se manche nuestra altiveza histórica con nuevas traiciones y perjurios que ella provoque y recompense; y menos aun querrá dar causa á que las innobles injurias que salen hoy para escarnecerla de las plumas y de los labios que ayer agotaban el hipérbole para lisonjearla, se difundan y aun se examinen al ver en ella, no á la víctima resignada del infortunio, sino á la ambiciosa despechada por la caída.

No ocultemos la verdad de la situación y de las cosas: reconozcamos que hoy, sí, hoy mismo, por los caracteres de lo que existe, y por los hombres que lo han traído del modo y con los medios que todos conocemos, D. Alfonso de Borbon es un candidato que tiene alguna probabilidad de triunfo, y que puede en todo caso provocar la lucha civil.

Parte de los intereses creados durante el reinado de doña Isabel de Borbon que han sufrido y sufren por su término, se fijan en el hijo, ya que no pueden fijarse en la madre; al lado del hijo aparecen hoy tambien ciertas espadas de renombre y de prestigio entre una clase que se encuentra humillada desde la caída del Trono, y que mancomuna hasta cierto punto su causa con la del Trono, por el sentimiento natural que une á los que sufren por el mismo motivo y en la misma ocasion. Pues con esto, y con dinero que ni á doña Isabel ni á sus escasos partidarios falta, y con lo que estimula entre las dos docenas de mandarines, de que aquí no hemos salido todos estos años, la perspectiva de

una larga regencia, lo repetimos, es fácil, muy fácil, provocar la discordia intestina.

Pero no es fácil, sino todo lo contrario, conseguir el triunfo, provocada la guerra: lo que para esto es una ventaja y un incentivo, para lo otro es un obstáculo casi invencible. Ante la perspectiva de nuevos años de anarquía moral y de perturbaciones constantes como las sufridas desde 1833, la resistencia de todos los hombres pensadores y amantes de su patria seria fortísima, como la de los intereses creados contra lo caído y la de los temores á las venganzas que su triunfo trajera consigo serian desesperadas. Aun hoy, todas esas infamias que salen de los labios y de las plumas á que hemos aludido, solo se dirigen á hacer imposible la vuelta de lo caído, y, por doloroso que nos sea decirlo, porque siempre lo es tomar nota de hechos calumniosos y señalar su trascendencia, habremos de añadir que el instinto de los calumniadores no les engaña: hay cosas que jamás deben decirse, pero que, una vez dichas, producen el efecto apetecido. Así en España, á defecto de sucesion directa en el Rey D. Pedro, pudo ocupar el Trono D. Enrique de Trastámara, bastardo reconocido y declarado; pero la hija legal de Enrique IV, la princesa á quien los pueblos llamaron, y la historia llama, *la Beltraneja*, no pudo ni aun disputar la corona á Isabel la Católica, aclamada por los pueblos aun antes de que sus grandes cualidades se dieran á conocer. Y esto tanto porque en su sangre no habia mancha, cuanto porque se señalaba crimen en la de su competidora.

Suponiendo, por tanto, que el príncipe D. Alfonso tuviera un gran partido civil, que no le tiene; suponiendo que contara decididamente, que no cuenta de ese modo, con el apoyo del ejército, y suponiendo que todo eso bas-

tara, que no basta, para lograr el triunfo provocada la lucha, todavía podría fracasar el triunfo solo por un dicharracho revolucionario, por un nombre, por un apodo, que Dios sabe dónde se iría á buscar: nosotros, que aun al llegar ese caso lo oiríamos con dolor, no queremos ni pensarlo.

No: doña Isabel de Borbon no provocará la lucha, no cargará con tan tremenda responsabilidad, no se buscará lo que podía dilacerarla el corazon como madre, como señora y como soberana que ha sido de este pueblo. Para su hijo deseará otro porvenir y para su nombre otro juicio que el que en ese caso mereceria de la historia. Y para creerlo así, como razon potísima, podemos añadir una pregunta á lo ya espuesto.

¿Qué no le ha debido decir su caída, qué no le dirá ahora mismo á sus sentimientos católicos, por todos reconocidos y por todos honrados? *Monarquía de media legitimidad* acaban de llamar sus partidarios de tantos años á la monarquía caída: la legitimidad no admite divisiones ni términos medios; y pues sus mismos defensores se la niegan en el pasado, no puede doña Isabel de Borbon apelar á ella en lo porvenir sin que convierta un error muy trascendental, pero al fin error, en gravísimo pecado. Y los hechos, precisamente en estos tiempos, nos muestran cómo se castigan los pecados, y esos pecados, en las dinastías y en las familias soberanas.

¡Montpensier!

Que en los momentos de una orgía revolucionaria, cuando la escitacion y la exaltacion han llegado al último estremo, se den á luz las teorías mas extravagantes, se propongan los hechos mas violentos, se apele á las soluciones mas absurdas, cosa es que fácilmente se concibe y se esplica; y

que al cesar la fiebre revolucionaria por las sangrías que los mismos revolucionarios se hayan aplicado, al reemplazar á la exaltacion el abatimiento, se acojan todas las medidas, todas las proposiciones que tiendan ó se crea que tienden á contener los ímpetus pasados y reparar sus efectos, cosa es igualmente que sin esfuerzo ninguno se comprende y se justifica. Pero que en el primer caso, entre lo violento, lo estravagante, lo absurdo, como lo mas estravagante, violento y absurdo se proponga deshacer lo realizado, concluyendo con lo bueno que en ello pueda hallarse, y para afirmar lo malo que forme su parte principal; pero que en el segundo caso se pida la salvacion á lo que trae consigo el mal que ya abrumba y que se aspira á curar, cosas son que no pueden concebirse, y para las que no se halla explicacion ninguna.

Pues hé ahí lo que aparece en la candidatura del duque de Montpensier para el trono de España; candidatura que se dió á luz en los primeros momentos de la revolucion victoriosa por sus mismos iniciadores, y que se mantiene en estos mismos momentos por los que ya quisieran no haber hecho lo que han hecho y aspiran á repararlo en cuanto alcancen sus fuerzas. Proclamar á Montpensier hace mes y medio, fue pura y simplemente pedir á la Revolucion que se negara á sí misma; mantener hoy tal candidatura, es, por el contrario, afirmar la Revolucion en lo que todo el mundo, ó poco menos, á contar por sus iniciadores, desea que tenga término.

Impulsados por un instinto que rara vez engaña, los heraldos que la Revolucion echa á las calles para que impongan sus deseos al espresarlos, gritaban: *¡Abajo los Borbones!*; mientras los heraldos que la Revolucion emplea en la prensa, negando sus principios, hacian responsable en

doña Isabel de Borbon á la sangre de su padre, objeto en el pasado de todos sus odios; declaraban que la hija de tal padre no podia ser sino lo que habia sido. Pues, en suma, al gritar: *¡Abajo los Borbones!*, solo contra Montpensier se dirigia el grito, porque doña Isabel y su descendencia habian ya caido, y al hacer á los hijos fatales herederos de los crímenes ó faltas de sus padres, á Montpensier principalmente se declaraba por anticipacion digno del odio y del desprecio de los pueblos y de los particulares.

Borbon, y descendiente tan directo de Enrique IV como doña Isabel, es el duque de Montpensier; y Borbon, como hermana de doña Isabel, es su esposa: en esta, si ella fuera la soberana, reinaria la hija de Fernando VII, y con él, si se le eligiera, dado que los hijos reciben con la sangre los sentimientos y las ideas de los padres, tendríamos en el Trono de España, en el Trono de San Fernando y de Isabel la Católica, á un Gaston, primer Orleans, ridícula figura de sibarita; á un regente, segundo Orleans, repugnante encarnacion del vicio; á un Felipe Igualdad, tercera generacion, tipo de bajeza y modelo de personajes abyectos, y á un Luis Felipe, maestro y ejemplo de egoistas sin conciencia, de ambiciosos sin escrúpulos, de conspiradores sin nobleza, y de soberanos sin dignidad ni patriotismo.

Hé ahí lo que representaria Montpensier por su sangre; lo que por su persona representara, en lo que de sus sentimientos se ha podido conocer por su conducta, no es eso hasta hoy, pero ya hoy es algo de que puede salir todo eso, si en la piedra de toque de un cambio de posicion se aquilatará el verdadero valor de la persona.

Ningun escándalo ha manchado la vida de Montpensier, pero ningun hecho que saliera del nivel mas vulgar la ha enaltecido, y no pocos hechos, por bajo de ese mismo nivel,

la han afeado. En su única campaña de Argel, á pesar de una herida mas ponderada que buscada, y en la que entró por mas el azar que el deseo, el nombre de Montpensier no dejó memoria en un solo episodio: de su vida en Paris solo se recuerdan sus convites de Vincennes á los mas exaltados corifeos de la impiedad revolucionaria, tan mimada por Luis Felipe, el primer volteriano de Francia, y su precipitada marcha de las Tullerías, donde dejó olvidada á su esposa, al ver que los consejos de abdicacion que diera á su padre con Girardin y Crémieux no impedian, antes bien precipitaban, la revolucion republicana. Mientras ha vivido en España, jamás su espada de capitán general y de infante se ha puesto al servicio de la patria y del Trono. Montpensier ha permanecido tan impasible en su palacio de Sevilla cuando se vengaba el honor nacional en las costas marroquíes, como cuando se declaraba la guerra social en las provincias andaluzas. Sus beneficios, sin embargo de ser muy pregonados, no le han formado un partido entre los pobres; sus actos ostensibles de religiosidad no le han dado las simpatías de los hombres religiosos; sus atenciones, muy calculadas, con los hombres y los partidos descontentos, solo le han valido compromisos aislados de los hombres, no de los partidos, compromisos en los que ha entrado por mas el cálculo que el afecto.

Tal se nos presenta Montpensier por sí mismo, olvidando su abolengo, hasta la última esplosion revolucionaria: siempre vulgar, vulgar hasta en sus afectaciones calculadas. Y nótese que lo vulgar, en quien está obligado á distinguirse, es por sí solo un defecto, y señal infalible de algo mas y algo peor que un defecto.

Pero cuando se habla de la candidatura de Montpensier, y cuando se atiende al tiempo y á las circunstancias en que

se ha presentado esa candidatura, ocurre otra cosa mas grave: ocurre hacerle responsable de lo que aquí ha sucedido; y esa responsabilidad, que algunos hombres pueden considerar gloriosa para ellos, para Montpensier es abrumadora: le incapacita para merecer, no ya el respeto y la obediencia en el Trono por parte de los pueblos, sino tambien la consideracion y la deferencia en la vida y trato social por parte de los hombres delicados.

O el duque de Montpensier servia ya de bandera á ciertos revolucionarios cuando fue espulsado de España por el ministerio Gonzalez Brabo, ó solo á esa espulsion ha debido el serlo desde aquella fecha: nosotros no elegimos en la disyuntiva; dejamos que elijan lo que quieran el mismo Montpensier y sus partidarios; pero decimos, en el primer caso, que el duque de Montpensier, por ingrato con su hermana y su Reina, por ingrato con esta patria, con este pueblo, cuya sangre ha hecho correr en provecho de ambiciones que, por ser suyas, son anti-nacionales, ha levantado un obstáculo invencible entre su persona y todo cargo oficial en España. Y decimos, en el segundo caso, que al aceptar lo que se le ha ofrecido, cuando puede llegar y llega á sus oídos todo lo que aquí se dice contra la hermana de su esposa, y al mantener su candidatura, cuando sabe y debe saber todo lo que aquí costaria imponérsela á los pueblos, y todo lo que, ya impuesta, traería en su daño, se hace igualmente indigno hasta de que se le consienta vivir en España.

No; no han quedado tendidos en los campos de Alcolea los cadáveres de mil valientes hijos de España para satisfacer la ambicion de un Orleans francés que nos volvería á la situacion pasada, decapitando nuestra nacionalidad por el estranjerismo, menguando el ya menguado prestigio del

Trono por la economía mezquina que sustituyera en él á los arranques de prodigalidad, y haciéndonos siempre objeto de los recelos é intrigas de extraños gobiernos.

Porque este es tambien otro de los inconvenientes de la candidatura de Montpensier: hoy, al meternos aquí á los Orleans, al hacer á este pais foco de los manejos orleanistas, habríamos de contar con la enemiga de Napoleon; y mañana, si la dinastía napoleónica cayera para ser reemplazada por la de Orleans, ni Inglaterra se mostraria menos activa que lo que se mostró en 1846 ante la eventualidad de que en Francia y España reinara la misma familia, ni Prusia miraria con calma que para la lucha necesaria entre ella y Francia, contara Francia con todos los recursos de nuestra patria. Y Napoleon, mal humorado, puede hacernos sentir su mal humor, como Inglaterra, recelosa, puede renovar sucesos pasados, como Prusia, inquieta, puede apelar á medios de reciente empleo y eficaz resultado.

Si al hacer la vida *bourgeoise* de Sevilla no buscaba Montpensier otra cosa que la satisfaccion de sus íntimos sentimientos; si no se habia propuesto, imitando paternales modelos, presentarnos en su persona para un día de barricadas el de Rey ciudadano, viva tranquilo en Cintra ó en Claremont, economizando gran parte de las rentas cuantiosas que debe á su esposa, hija y heredera, como Isabel, de Fernando VII: si á otra cosa aspira, sepa que el Trono de España, ni se gana por un escamoteo, ni se presta á recortaduras y achicamientos que le acomoden á la talla de un Orleans de la generacion cuarta.

Presentadas las dificultades que se hallan en las candidaturas del príncipe D. Alfonso y del duque de Montpensier, con las consecuencias que tendria el hecho de que se

mantuvieran y el de que lograran imponerse, poco es necesario decir respecto de las candidaturas de Alfredo de Inglaterra, Amadeo de Saboya, Fernando de Portugal y Juan de Sajonia, que, con la de Espartero, brotada últimamente de algun cerebro delirante ó vacío, forman la lista de las de los monarcas que el porvenir puede traer para nuestra patria.

España no puede aumentar el número de las colonias inglesas, ni ha llegado á ser un Estado italiano, ni se presta á servir de objeto de compensacion á las ambiciones prusianas, ni aceptaria como monarca un solo instante á quien raya en la senectud y no conserva otro prestigio que el de sus buenos sentimientos, cuando no le soportó como regente en la fuerza de la edad y sostenido por el prestigio militar, que es el principal prestigio.

Siempre que hemos oido hablar de esos príncipes extranjeros, nos ha ocurrido la idea de que los revolucionarios son los mayores enemigos de sus mismos principios; tan enemigos, que apelan hasta al absurdo para desacreditarlos. ¡Cómo! ¡Se ponderan las escelencias del sufragio universal; se habla devotamente y con compuncion del acatamiento con que se debe respetar lo que por el sufragio se determine, y al mismo tiempo se presenta como candidatos para el Trono á príncipes cuyo nombre no ha llegado siquiera á los oidos de la inmensa mayoría del pueblo español! ¿Qué supone esto sino que el sufragio es tan ciego que puede dirigirse á lo que ni siquiera conoce, ó que sus partidarios, los que proclaman el acatamiento que se debe á sus decisiones, prescinden por completo de él y le escupen al rostro, digámoslo así, tan pronto como acaban de besar sus plantas?

Así, pues, de esas candidaturas, solo por el concepto señalado, no es necesario decir mas; no es necesario fijarse

en las consideraciones de dignidad y en las razones vitales que impiden que un pueblo, y un pueblo como el español, de historia epopéyica, la cierre para siempre, como pueblo libre, independiente y digno, por un acto de suicidio. En cuanto á la candidatura de Espartero, recordamos que hace pocos dias el demócrata Pi y Margall llamaba á Espartero *imbécil* con todas sus letras; y sin hacer nuestro el calificativo, creemos que en el caso de que se trata pasaria de cabeza; que Espartero Rey, no seria Rey imbecil, sino Rey de imbeciles; y no podemos suponer que el pueblo español aceptara un solo dia esa calificacion bochornosa.

Reasumamos. La Revolucion ha hecho imposible la monarquía doctrinaria.

Porque habia de ser monarca doctrinario, como porque no puede llegar al Trono sino pisando sangre y marchando por entre ruinas, no puede ser Rey en España Alfonso de Borbon: todo rechaza á Montpensier: nada llama ni sostiene á los demas candidatos extranjeros; y contra las pretensiones, no de Espartero, sino de los torpes amigos que siempre ha tenido el general Espartero, se levanta una fuerza invencible: la del sentido comun, unida á la de la dignidad patria.

Y sin embargo la monarquía es necesaria en España, y no puede haber monarquía sin monarca.

IV.

¿Puede haber república?

Por mas que hoy quieran ponderarnos los demócratas lógicos, al oponerse al restablecimiento de la monarquía, los sentimientos republicanos del pueblo español, hay un

hecho elocuentísimo contra el que nada valen sus elocuentes declamaciones. El día 29 de setiembre se proclamó en Madrid, y en casi todos los pueblos de España, la caída del Trono de Isabel II, y se proclamó igualmente el principio de la soberanía nacional. Sin embargo, no se oyó aquel día, en que el pueblo espresaba sin estrañas escitaciones sus sentimientos y sus deseos, ni un solo grito en contra de la monarquía, ni una sola voz en favor de la república. La república se decretó en Francia en 1848, aun antes de que se consumara la revolucion y cuando el pueblo veia en la Asamblea, á punto de ocupar el Trono que habia abandonado Luis Felipe, á su nieto el conde de Paris, con la regencia de su madre, Elena de Mecklemburgo: en España, cuando no quedaba en ella un solo miembro de la familia real; cuando nada impedia que el pueblo, soberano de hecho y de derecho (segun lo que hoy se llama *derecho*), estableciese ó impusiese la forma de gobierno que mas le agradara, el pueblo no se acordó de la república, que estaba, sin embargo, en aquel estado de cosas, y se mostró monárquico al celebrar la caída de una monarquía.

Mas si conviene que esto quede consignado, que se sepa que el pueblo español, en su inmensa mayoría, es monárquico y quiere la monarquía, no es este el obstáculo principal; y ni siquiera es obstáculo, para que España se constituya en república, olvidándose de la monarquía. Los republicanos que hay en España pueden fácilmente ser contados en un solo día; pero á los *conservadores* que nos han estado gobernando años y años se les podía señalar en media hora, y eso no ha impedido su mando. Entre la monarquía doctrinaria y la república federal ó unitaria, mas votos reuniria esta que aquella, y tampoco en esto se halla obstáculo para su establecimiento. Lo que impedirá, por lo

tanto, que la república se establezca, ó, establecida, se mantenga, no está en el mayor ó menor número de republicanos, sino en que la democracia en España no es ni será jamás otra cosa que una escuela, ó, mejor dicho, una secta; y en que tan pronto como la democracia salga del terreno teórico y se crea imperante, se encontrará absorbida por el socialismo, que es en España un hecho y no una idea, que está en los sentimientos y no en la inteligencia, y que hace imposible la sociedad aquí como en todas partes.

Hállase, pues, la democracia por una parte con el socialismo, que es anti-social, y por otra con lo que hay en su idea de secta y la hace en supremo grado anti-española al hacerla radicalmente anti-católica. España, como nacion católica, fue nacion verdaderamente popular: ninguno de los principios de verdadera libertad, igualdad y fraternidad que figuran en los programas democráticos modernos solo como teoría, ha sido desconocido en la antigua España que no hablaba de ellos, pero que los practicaba. Y hé aquí lo que nunca veremos en la democracia del día, porque los mismos principios nada valen por sí, sino por el espíritu que les da vida, y porque el espíritu democrático moderno es un espíritu de impiedad y de escepticismo, que niega todo derecho que no sea el de la fuerza, mientras el de la antigua España era un espíritu de fe y de fervor, que en los deberes de la caridad encarnaba el verdadero derecho.

No hace aun muchos años, un periódico de Madrid, *La Esperanza*, al que nunca, y hoy menos que nunca, puede citarse sin dedicar un recuerdo de respeto y simpatía al hombre de preclara inteligencia y de profunda intuición é intencion políticas que la fundó y mantuvo largos años, legándole, entre otros, dos timbres que conserva, el de la

consecuencia, ya muy rara, y al de la dignidad, mas rara todavía; no hace muchos años que *La Esperanza*, presintiendo sucedería lo que hoy, en efecto, sucede, se dirigió á los demócratas, y les dijo en sustancia: "Muy luego los sucesos van á daros un triunfo completo, primero en vuestros principios, despues en vuestras personas; y queremos que para ese dia tengais presente una cosa: que nosotros, monárquicos en el verdadero y absoluto sentido de la palabra, somos verdaderos demócratas: que nosotros preferimos á los principios medios, que consienten la predicacion del mal y coartan ó impiden la práctica del bien, los principios radicales, que dejan la misma libertad al bien que al mal: que entre una monarquía doctrinaria y regalista, y una república sin otra Constitucion y otras leyes que las de la mas absoluta libertad, estamos por la república, y no por la monarquía; y que, por lo tanto, si el dia de vuestro triunfo, que ya vemos próximo, respetais con la voluntad del pueblo la unidad del culto; si no coartais en nada la libertad de la Iglesia; si respetais los derechos temporales creados y consagrados por la misma Revolucion, dándoos, por lo demas, todas las libertades, nosotros os ayudaremos en vuestra obra. Y harémoslo así, no solo porque ya está dicho os preferimos á los partidos medios, sino ademas porque entro la España constituida en república y que apoye los principios democráticos en la fe y la verdad católicas, y la antigua monarquía española, católica y popular, no habrá otra diferencia que la de una forma cuya restauracion ha de salir sin violencia de los sentimientos del pueblo español, apegado hoy, como en siglos atras, á la monarquía."

Así hablaba *La Esperanza* por los años 62 y 63, y tenemos muy presente, como si estuviéramos hoy en aquella situacion, lo que resultó de sus palabras. Los periódicos

católico-monárquicos, pero no monárquicos entonces como *La Esperanza*, que siempre, como ellos, fuera católica, se asombraron al oír tales ideas, y formando en compacta falange delante del Trono que existía y cuyas buenas intenciones y deseos descubrían entre sus actos mas opuestos á esas intenciones, solemnemente consignaron que jamás podrían declararse por la república, fuera la que fuese, contra la monarquía, hiciese lo que quisiera. Los moderados, que con tan presurosa solicitud, y dejando creer que ya la tenían preparada en su bolsillo, han enviado al gobierno provisional su adhesión sin limitaciones, se indignaron ante el absurdo de una suposición que daba como posible la caída de un Trono, adorado, según juraban y perjuraban, por los pueblos. Los *conservadores* de la Unión, que hoy, después de haberlo iniciado, sostienen lo que existe, hablaban como los moderados, añadiendo que las palabras de *La Esperanza* no merecían consideración, porque procedían de la *intemperancia y de la vehemencia de un hijo que abusaba de la bondad de su padre político*. Los progresistas, según sus hábitos, ó, mejor dicho, según su modo de ser, que no les permite salir jamás del círculo reducido y ahogado de sus rencillas y ambiciones rutinarias, no hicieron alto en lo que *La Esperanza* decía, y solo los demócratas, pesándolo y pensándolo, empeñaron cortés polémica, en la que venció en parte la fuerza lógica, duplicada por el interés, al espíritu de secta, que sabe ocultarse cuando le conviene. Nosotros, sin embargo, no nos equivocamos, y al consignar las promesas de la democracia, anunciamos que no las cumpliría; que, llegado el caso de cumplirlas, se sobrepondría á todo en ella el espíritu de secta.

Y eso es lo que hoy sucede, lo que hoy estamos viendo

en la democracia; nosotros, consecuentes siempre, repetimos lo que decíamos, teniendo el consuelo, que es mas que un consuelo, de ver que con nosotros opinan los distinguidos escritores católicos y monárquicos que contradecían nuestras opiniones y protestaban contra nuestras palabras: en tanto la democracia, triunfante al parecer, lo pierde todo, porque aun se la disputa para las personas el triunfo que se le ha dado en sus principios, se le niega en la forma lo que se le ha concedido en el fondo, y ella con su conducta se ha puesto á punto de arrostrar dos luchas para su imperio completo: una con sus amigos, de la que acaso saldrá vencedora, y otra con el pueblo español, en la que seguramente saldrá vencida.

Así, la democracia, dominada y absorbida por el hecho socialista que la obligará á imponerse con el terror, será abrumada y aniquilada por el sentimiento católico, que ha de salvar nuestra sociedad, y por el sentimiento monárquico, que ha de asegurar su tranquilidad y su dicha. Y cuenta que este es un pronóstico mejor fundado aun que el de 1862, porque aquel era doble, se afirmaba sobre sucesos no realizados y que de él formaban parte, mientras este arranca de los sucesos que hoy estamos presenciando, de la situación misma que atravesamos.

¿Qué es, en suma, lo que se ha hecho hasta ahora por la revolucion triunfante? Dos cosas: repartir destinos para satisfacer los servicios revolucionarios y el amor patrio de los unionistas y progresistas, y perseguir y maltratar á la Iglesia para tener contenta por esta parte á la democracia, en la que desde el primer momento se dejó ver el espíritu de secta. Seguramente con esta conducta nada han ganado el Progreso y Union; pero nada tenían que perder en eso

punto, y en cambio la democracia ha perdido las ilusiones que podían conservarse en cuanto á sus obras el día del triunfo, y ha precipitado la reaccion religiosa contra ella, en vez de aprovechar para sí la reaccion política que provocan los actos de los unionistas y progresistas.

El desenfado en obras y palabras de unionistas y progresistas, que, olvidando igualmente sus promesas y sus antecedentes, han tomado y toman por asalto los puestos públicos y aumentan las cargas del pueblo mientras se desatan en injurias contra los que no aplauden sus obras, habría ya á estas horas dado gran fuerza á la reaccion en los intereses heridos y en las opiniones escarnecidas. Pero se ha presentado la democracia; desde el primer momento, al aplaudir el profuso reparto, en el que algo le toca á ella, ha empezado á pedir y á exigir que se persiga á la Iglesia, desatándose en denuestos contra sus ministros y su culto, y de ahí un cambio de sentimientos en los pueblos. Porque como nada hay mas vivo que lo que afecta á las creencias, la reaccion en las creencias y sentimientos ha dominado á la de los intereses y las opiniones, y esa reaccion se dirige especialmente contra la democracia, porque se sabe, ó se cree saber, que solo á la presion democrática, al deseo de satisfacer los instintos democráticos, cede el gobierno cuando habla de la libertad de cultos, cuando manda demoler iglesias, cuando arroja á las monjas de sus conventos y á los Jesuitas de sus moradas, disolviendo la Sociedad de San Vicente de Paul.

Ahora bien: mañana, y este mañana llegará antes de que termine el año actual, al romperse las hostilidades entre unionistas, progresistas y demócratas, el sentimiento general de los pueblos estará contra los demócratas, aunque no en favor de los otros, y solo los demócratas habrán dado causa

á que eso suceda, pues que entre ellos y los unionistas y progresistas, solo porque á ellos no les conocen aun, los pueblos se habrian puesto de su parte. Si, por el contrario, la democracia, prescindiendo del espíritu de secta, cediendo á la lógica de sus principios, lejos de recabar y de aceptar del gobierno provisional unos actos en que la impiedad compite con el despotismo, los hubiera impedido, rechazado y condenado, muy otro seria hoy su prestigio en el pueblo español, y grandemente habrian subido, para el dia de la lucha con unionistas y progresistas, sus probabilidades de triunfo. Lo repetimos: á la democracia no se la conocia; era dado, cuando menos, esperar de ella lo desconocido, y lo desconocido no habia de ser peor que lo conocido, es decir, lo que pueden volver á darnos esos partidos, cuya codicia entra á saco los destinos públicos, y cuya torpeza, en el sentido español y francés de la palabra, llega hoy hasta proponernos el restablecimiento de la misma monarquía que acaban de derribar, con la añadidura de un príncipe extranjero, para que de ese modo todo en ella, cosas y personas, sea extraño á España y enemigo de España.

Vea, pues, la democracia lo que ya ha perdido hasta hoy por su pasión anti-católica.

Pero la democracia ha perdido mucho mas para mañana; ha perdido hasta la posibilidad de ser en el gobierno, si lograra el triunfo completo, otra cosa que un mandatario y un agente del socialismo que asegure por el terror los desmanes socialistas, en el corto tiempo que la sociedad puede soportar al socialismo y á sus agentes.

No importa que á pesar de las probabilidades de triunfo que la democracia se ha quitado con su conducta, venza á los unionistas y progresistas, empeñados á su vez en

debilitarse y en dar fuerza á sus adversarios. Por de pronto, dado el triunfo, y aunque no tuviera al socialismo detras, puede afirmarse que la democracia nada edificará de lo que pudiera prometerse en esta tierra española. ¡Singulares efectos de prestigismo en inteligencias que desconocen lo que estalla, digámoslo así, ante ellas, y corren tras de fantasmas dando tropezones, hasta que caen por la resistencia de las realidades que se levantan ante sus pasos!

El error y la ambicion pueden, sí, derribar un régimen de ficciones y corrupcion; pero la impotencia del error se manifiesta en medio de su triunfo tan pronto como quiere fundar algo nuevo ó reedificar lo que ha destruido. Explíquenos la democracia por qué medios, en virtud de qué específico, creará, para instituciones que exigen tantos sacrificios por parte de los hombres, las costumbres públicas: díganos quién hará al pueblo los servicios de abnegacion, hoy mas necesarios que nunca, por pura abnegacion y sin estímulo material ninguno; muéstrenos dónde se halla la autoridad ó la fuerza que va á conciliar dentro de los límites del orden, y en la esfera de una amplia libertad, tantas y tantas opiniones diversas y contrapuestas; háganos ver, finalmente, cómo se va á cortar en sus hondas raíces el egoismo, la ambicion y la codicia, calmando las tempestades que levante el choque de la soberbia de los unos con la soberbia de los otros, de la ambicion de estos con la ambicion de aquellos, cuando todos invocan en beneficio propio y daño de los demas los mismos principios y las mismas necesidades.

Todos estos problemas, que forman el problema de la humanidad, no han tenido jamás otra solucion que la de la Iglesia; y allí donde no se ha conocido la solucion de la Iglesia, ó allí donde por la herejía y la impiedad se ha prescindido

de ella, se ha alzado en seguida el pavoroso problema, sin que pudieran anegarlo en su fondo ni arrastrarlo en su corriente los torrentes de sangre que, ora por lo uno, ora por lo otro, ha derramado la fuerza, única imperante y árbitra suprema.

No: lo que jamás han podido hacer los antiguos gobiernos escribiendo Códigos, fundando hospitales ó levantando cadalsos, si se han atendido á eso y han prescindido de la Iglesia para satisfacer con tales medios las necesidades infinitas del corazon humano, no lo logrará hoy la democracia con pegar bandos diarios en las esquinas de las calles y dar un fusil á cada ciudadano, aunque tambien pudiera darle ocho ó diez reales por trabajar ó no hacer nada. Hoy, como ayer, y mas que ayer, y cambiando todos los dias de bandera, la fuerza asentará por golpes de fuerza su predominio, cimentándolo á cada paso sobre los cadáveres que tienda en la plaza y en los campos. Por eso hemos dicho que la democracia, al dirigir todos sus esfuerzos contra la Iglesia, en vez de respetarla y de pedirle lo que á nadie niega la Iglesia, se ha debilitado en la situacion en que el movimiento revolucionario la puso, y se ha incapacitado para afirmarse como partido gobernante en lo futuro.

Cuando la democracia venza, si los vence, á los enemigos que ayer tuvo por aliados; cuando haga el gobierno suyo en la forma y en el fondo, en las personas y en las ideas, encontrará convertidas en enemigos á las masas que hoy le apoyan, ó tendrá que pasar por sus exigencias imponiéndolas á su vez por el terror á los pueblos.

Ya hoy mismo no hay apenas provincia en España donde no se practique, sin ensayo ni preparacion previos, el socialismo. Se dice, en son de mofa, que á los repartidores

de la propiedad se les encarcela; pero ni se encarcela á todos, ni importa gran cosa que se les encarcele, porque las cárceles se abren un día, y los encarcelados pasan de perseguidos á perseguidores.

Si la democracia cree que el día de su triunfo completo ha de ver á su alrededor otra cosa que el socialismo ó á otros hombres que los socialistas, se equivoca grandemente; si se figura que en todo caso podrá dominar el hecho y contener á las personas, su error no puede ser mas completo; y si, despues de todo, pagándose de las razones del egoismo, se persuade de que cabe transaccion con el hecho social, ó de que ese hecho social puede sostenerse por otros medios que el terror, ó de que esos medios no matan al que los emplea, su inteligencia delira y su corazon nada siente; desconoce la historia del mundo como desconoce el corazon del hombre.

Porque ahora se ha dicho en tésis general, viendo y palpando los hechos, lo que, previéndolos y anunciándolos, fue nuestra tésis en los años 62 y 63; á saber: que era preferible la república con amplia libertad, á la monarquía doctrinaria, regalista y ademas extranjera hasta en la persona del monarca, ha querido suponerse que los católicos monárquicos proponian una coalicion á los demócratas republicanos, ó que deseaban el triunfo de estos, contando con que saldria el bien del esceso del mal, con que la restauracion vendria tras la república.

La verdad es, visto lo que ha hecho y hace la democracia, que no puede admitirse ni una ni otra cosa; que no puede darse ni la triste preferencia del mal á ninguna de ellas sobre la otra, porque las dos son igualmente malas.

NI MONARQUÍA DOCTRINARIA,

NI REPÚBLICA ATEA.

Debemos huir igualmente que de la degradacion, que

es la muerte lenta, de la muerte *ab irato*; y debemos evitar, con la misma energía que el mal crónico que enerva y asfixia, el golpe de la epidemia que con su soplo aniquila la vida.

El florentino autor de *La Monarchia*, el gran poeta de la Edad Media y de todas las edades, Dante Aligieri, nos dice lo que se debe hacer con las almas que aman las posiciones intermedias y producen el mal diciéndose neutrales entre el bien y el mal, y él nos ha enseñado igualmente á huir de la terrible fiera

..... *che di tutte brame*
Sembiaba carca nella sua magrezza.

V.

No es posible la monarquía doctrinaria con ninguno de los candidatos que sostienen y preconizan los partidos; no es posible la república. ¿Qué es posible, pues, en España?

Calle la ambicion de los hombres; calle la pasion de partido: ógannos por un momento, y luego dejen que hablen la conciencia pública y la razon de Estado, en nombre de los sentimientos y de los intereses de la patria.

En España, en el espacio de medio siglo, se han ensayado todos los principios de la Revolucion: el doctrinario en su extremo tradicionalista, en el exacto punto medio entre la tradicion y la innovacion, y en el extremo de esta; como que en 1841 y en 1854 se aplicó el principio democrático con un Trono que en la primera fecha era menor y en la segunda quedó sin accion ni iniciativa. Pero ¿cuál ha sido el resultado de todos esos ensayos? En cuanto á lo

pasado, nadie lo niega y todos lo reconocen: durante ese medio siglo hemos vivido por prodigios de equilibrio entre el despotismo que se dejaba sentir por golpes de fuerza arriba, y la anarquía que estallaba en arrebatos de violencia abajo. En cuanto al presente, todos lo sienten, aunque pocos se atreven aun á espresarlo: estamos en la mas completa anarquía, perdido el crédito y perdida la riqueza pública, degradados ante el mundo y tan divididos entre nosotros, que no se halla un jefe de partido ó pandilla que pueda contar un solo mes con la obediencia de diez ciudadanos, y que no se encuentran tres hombres del mismo bando que piensen y quieran la misma cosa.

De modo que la razon y la lógica, apoyadas en la experiencia constante de medio siglo, nos declaran solemnemente que del principio del mal, disfrácese ó aplíquesele como se quiera, solo pueden resultar males, mientras el instinto de conservacion se levanta ansioso á pedir que se le tranquilice porque ve próximas la ruina y la muerte.

La lucha natural de los principios revolucionarios; el curso fatal, dados esos principios, de los sucesos, acaba de derribar de su pedestal lo que existia; pero hasta ahora con nada se ha sustituido, y la cuestion se presenta en estos términos: ó hemos de volver á los errores y desgracias del pasado, ya que no nos mantengamos en las angustias y miserias de lo presente, ó hemos de establecer otro orden de cosas que el que ha existido y existe. Lo primero no se puede hacer sin nuevas y mas horribles luchas; mantenernos como estamos es imposible, porque donde falta atmósfera no tiene vida natural el hombre, ni donde falta gobierno tiene vida social el ciudadano. Cabe, empero, establecer otro orden de cosas sin violencia, porque arranca de la situacion misma; y cabe afirmarlo sin trabajo, porque ante nuestros ojos, en personas

y principios, tenemos cuanto nos falta para ello. Y preguntamos: ¿quién puede dudar en la eleccion?

Se ha derribado un Trono, pero no se ha derribado el Trono: se ha arrojado del Trono á una persona y á una familia, pero se busca para que ocupe el Trono otra persona y otra familia. Se trata del Trono de España, y es preciso que quien lo ocupe sea español; se trata de un Trono de diez siglos, y ese Trono no admite advenedizos ni se acomoda á la talla de soldados de fortuna ni de afortunados de Bolsa ó barricada; se trata de que en el Trono se asiente, con el orden y la verdadera libertad, la sociedad española, y ni el orden ni la libertad son posibles cuando lo que debe representarles representa un hecho de fuerza sostenido por la fuerza: solo son posibles si su representacion es tambien la de la justicia y el derecho. Y preguntamos: ¿qué candidato al Trono de España reúne esas condiciones que el Trono de España exige? Y á esta pregunta hallamos contestacion en las páginas precedentes. Pero volvemos á preguntar: ¿hay candidato que reúna esas condiciones, que las reúna todas, y que no solo pueda satisfacer á los que quieren la monarquía, sino á los que la rechazan porque desean para los pueblos vida propia y próspera dentro del Estado uno y prepotente? Y volviendo de nuevo á imponer silencio á la ambicion de los hombres y á la pasion de partido, nos dirigimos á la conciencia pública para que conteste; y hé aquí lo que por el órgano de nuestra conciencia, órgano leal, nos responde:

No hay candidato para el Trono de España, porque ni el Trono de España se saca á subasta, ni se halla siquiera vacante: como existió durante diez siglos, existe y siempre ha existido; que no importa no le vieran ojos que el dere-

cho deslumbra y solo ven lo que su pasion les pide, si le descubrian y acataban corazones, en que el honor es soberano, allí donde la traicion le llevara, y allí donde la malignidad le mantuviera por designio especial de la Providencia, tal vez para que se afirmase por muchos siglos, tal vez para que por él nuevamente, con la sociedad española, se salvara la sociedad europea.

Existe ese Trono, y dignamente ocupado se halla, y millares de millares de españoles le saludan, y de todos los españoles admite el saludo con el mismo amor de padre, pues que á todos considera y llama hijos. Existe, sí, el Trono mismo de los Fernandos, de los Alfonsos, de los Felipes, y existe ocupado por quien, en su porte como en sus actos, se muestra digno nieto de los Felipes, de los Alfonsos y de los Fernandos, cuya sangre corre pura por sus venas, y pura, para esperanza de España, se ha trasmitido ya á una generacion nueva.

Y lo que en el Trono se ve por los que ven ya el Trono, todos tienen que verlo cuando en él fijen sus miradas; todos han de aclamarlo agradecidos cuando vuelva donde su falta ha dado ya causa á tantas ruinas y desgracias, y produce ahora mismo tantas angustias ante la perspectiva de nuevos conflictos.

Nacido y criado en regios y suntuosos alcázares, viviendo siempre en el fausto y con la dignidad de la soberanía, aunque español por su sangre, por sus tradiciones, por sus afectos, el vástago real de España que ocupa su Trono solo ha echado de menos, lejos de su patria, las auras natales; no la posesion de la regia soberanía, cuya falta no le privaba siquiera del amor y del respeto de sus súbditos que al extranjero han ido siempre á demostrárselo. En su vida, y al desarrollarse en su hermosa naturaleza perspicua la inteli-

gencia, brillante la imaginacion, nobles los afectos del alma, ejemplos tuvo que le enseñaran lo que se exige á los poderosos de la tierra, tanto en la prosperidad como en la desgracia.

En Módena, en el palacio de su tio, vió al honor y á la rectitud no admitir jamás pactos ni transacciones con la villanía ni el crimen; en la morada secular de los Emperadores de Alemania, sus próximos parientes, tuvo ejemplos de cómo la bondad paternal, soldada á la mas alta dignidad y á la autoridad mas amplia, sabe ganarse el amor sin perder el prestigio; en la mansion digna de su estirpe que habita el nieto de San Luis, hijo y heredero tambien de cien Reyes, aprendió á conservar incólume por la virtud y la nobleza, en medio de las pruebas del destierro y del infortunio, la dignidad de la mas alta posicion de la tierra. Y en todas partes, en la compañía de su santa madre, contempló la virtud de la fe y del fervor católicos, que de su misma sangre recibiera, en esos actos de sublime abnegacion que tanta paz dan á la conciencia.

Enseñole su madre á amar á España y á los españoles, y él los amó siempre, porque nadie le dijo nunca que habia españoles que á él no le amaban; porque los españoles que iban á demostrarle su amor, solo le hablaban de la patria comun, presentándola como la primera nacion del mundo por el valor y la hidalguía de sus hijos; valor é hidalguía, por cierto, de que ellos mismos eran vivos y eloquentes testimonios.

D. Carlos de Borbon ha vivido en España, porque ha vivido dentro de su gloriosa historia; porque en los españoles que ha conocido ha visto á los mismos hombres valerosos, leales é inquebrantables que la historia le mostraba; porque de los que desde aquí le olvidaban ó le desdeñaban, solo ha sabido que lograban tambien nuevas glorias para

la patria al otro lado del Estrecho que atravesó alevosa la Media Luna, y en los remotos mares en los que la fe y el valor de España descubrieron un nuevo mundo, ganándole, por la mas gloriosa y rápida de las conquistas, para la civilizacion cristiana.

No tiene, por cierto, agravios que vengar quien nunca los recibió directamente. Aun cuando los hubiera recibido, jamás, jamás podria pensar en vengarlos quien se halla en esos hermosos dias de la juventud en que se abre el corazon á todos los sentimientos generosos, y sobre todo cuando la vida ha corrido apacible; cuando los desengaños del mundo no han llegado siquiera á turbar la confianza en el mundo; cuando los afectos dignos y legítimos del corazon hallan cabales satisfacciones en el seno de la familia: en la madre á quien se debe el ser, en la esposa que ya lo ha trasmitido, en los hijos que han de mantener la vida despues de la muerte, en los hermanos, con quien son comunes la sangre y los sentimientos.

Trono dignamente ocupado es el que nos deja ver en D. Carlos de Borbon un Rey en la flor y en la fuerza de la edad; hijo sumiso de una madre como la virtuosa doña Beatriz de Este; esposo amante de una señora como la escelsa y bondadosa doña Margarita; primogénito de un hermano como el católico y caballeresco D. Alfonso, soldado, orgulloso y satisfecho de serlo, del Vicario de Jesucristo; con la perspectiva, ya segura por el nacimiento de doña Blanca, de una sucesion en la que con la sangre se transmiten el honor y las virtudes.

Y lo que dignamente se ocupa, dignamente responde á lo que debe. El Trono español no puede ser el Trono de un partido, sino el Trono de todos los españoles; del Trono español no han de recibir vida esos sistemas, esas leyes,

esas costumbres que los Tronos bastardos importan ó reciben de cualquier parte, y que falsean y degradan el carácter nacional, haciendo del pueblo *anima vilis* de experimentos desastrosos; del Trono español no ha de salir la dilapidacion y el despilfarro de la riqueza de España, ni la ruina de sus intereses industriales.

Leyes ha tenido España que han sido la admiracion de los extranjeros; leyes bajo las cuales, paternalmente regida, ha gozado por largos años tranquilidad perfecta y libertad completa, con aumento de su prestigio y poderío. Los fueros de sus provincias aseguraban la administracion por ellas mismas, como las franquicias de los pueblos la gestion de los mismos pueblos; en tanto en el monarca, representante en la vida política é interior de las provincias y los pueblos, de las clases y de los individuos, se mantenía ingente la fuerza nacional, y se encontraba á su lado la representacion permanente ó accidental de todos los intereses en los altos cuerpos del Estado, ó depositarios inamovibles y perpetuos de la legislacion patria, ó irresponsables otorgadores de los subsidios, convocados para su exámen y el de las necesidades que los motivaban.

Herederó del Trono porque tiene de su parte el derecho, al que por verdadero llaman la razon y los pueblos *divino*, y el derecho de la nacion, que veinte generaciones tienen reconocido y que ha sabido defender la actual derramando á torrentes su sangre y sacrificando en actos incesantes y dolorosos por largos y largos dias sus bienes, sus posiciones y sus afectos de patria y familia; español por su nacimiento; nutrido en la historia de su patria, y entusiasta por sus glorias; con el deseo y la única ambicion del bien en su corazon jóven, y la esperiencia de los espectáculos de Europa en su juventud; aceptado desde

el primer momento por todos los gobiernos de Europa, en ninguno de los cuales puede despertar rivalidades ni temores, D. Carlos de Borbon, Rey del pueblo y para el pueblo, no trae de lo que pasó nada de lo que no puede volver, sino aquello que se echa de menos y ha vuelto en los pueblos mas libres y civilizados de Europa.

D. Carlos de Borbon no viene á vengar agravios, sino á derramar favores; no á suprimir la libertad, sino á resucitarla; no á satisfacer ambiciones bastardas ni pasiones criminales, sino á lograr la satisfaccion de sus deseos generosos, el amor de los pueblos por la tranquilidad y la dicha que le deban; no á humillar á España, sufriendo imposiciones á que su debilidad no resiste, ó poniéndola al servicio de quien en su debilidad la sostenga, sino á hacerla respetar por la fuerza que asegure su independencia, y á dejar que se oiga su voz allí donde sus intereses y su dignidad lo exijan; no viene, en una palabra, á revolver las miserias del pasado, que para todos y en todo, ó él no conoce, ó las tiene condenadas al olvido, sino á asegurar en lo venidero la justicia y la moralidad. Nadie, por tanto, tiene que temer por su posicion; y en todos la respeta, á contar por las oficiales, que de seguro no han de pedirle sus leales servidores, satisfechos únicamente al ver en él triunfante el principio que defendieran, y que solo por esa satisfaccion han sufrido trabajos sin cuento, á los que no cuadra otra recompensa.

LIBERTAD COMPLETA PARA LA ÚNICA Y VERDADERA IGLESIA DE DIOS ÚNICO Y VERDADERO;

LIBERTAD AMPLIA EN LOS PUEBLOS PARA SU ADMINISTRACION, CON ARREGLO Á SUS FUEROS Y COSTUMBRES;

REPRESENTACION VERDADERA DE LOS MISMOS PUEBLOS EN LO QUE TOCA Á SUS INTERESES;

JUSTICIA PARA TODOS Y PARA TODO;

MORALIDAD EN TODOS Y EN TODO.

Hé aquí lo que trae á España el Trono español de D. Carlos.

Hé ahí tambien la respuesta de la conciencia pública á la pregunta que hemos formulado.

¿Qué dicen ahora la ambicion de los hombres y la pasion de partido, á las que por un momento dejamos la palabra?

¿Dicen que ese Trono, así ocupado, va á cortar de raiz y por siempre ese crear incesante de pretextos para urdir intrigas y conspiraciones? Si tal dicen, dicen bien: acabarán las conspiraciones ante un Rey que no tenga que hacerse cómplice de ellas, como acabarán las intrigas ante quien está muy alto para que á él lleguen, como acabarán los pretextos para una y otra cosa cuando empiecen de veras las responsabilidades.

¿Dicen que ya ningun hombre, ninguna asociacion de hombres, podrá levantar un Estado dentro del Estado y jugar con sus destinos pura y simplemente para repartirse los del pais? Tambien dicen verdad: por bajo del Rey, ninguno; con el Rey la nacion entera, y entre la nacion y el Rey ningun favoritismo, ni el que se impone por el miedo, ni el que por la adulacion se gana. Nada de partidos ni de cabezas de partidos; respetadas, sí, las opiniones, pero tambien reprimidas las ambiciones.

¿Dicen, por último, que habrá muerto la libertad, esa noble libertad por la que tanto han perorado, y han escrito, y han trabajado á la luz del sol de la misma libertad y á la sombra de sus leyes, saltando de la tribuna ó las barricadas al ministerio, para hacer en el ministerio lo mismo que criticaron, hasta que á su vez los caidos se levanten por

los mismos medios? Pues tambien dicen verdad: acabó todo eso, y la mentida libertad y verdadera licencia que lo consentia y lo estimulaba. Acabaron los espectáculos que mostraban al traidor y sentenciado de la víspera convertido en héroe y jefe del Estado el dia siguiente, y condenando como héroe y jefe del Estado lo que como traidor y como sentenciado practicara.

Dentro de la justicia, dentro de la moralidad, no caben esos espectáculos ni los hombres de esos espectáculos; y los que se propongan renovarlos harán bien en dejar el pais ante un Trono que olvida, sí, lo pasado en lo pasado, pero que en el porvenir y para lo porvenir ha de tenerlo fijo en la memoria.

Pero ¡ah! decís tambien que el Trono no está en donde debe estar; que quereis otro Trono, ó que todo lo preferís á ese Trono, y que podeis imponer todavía vuestros gustos y vuestras preferencias. Ciertó, ciertó; pero escuchad lo que os vuelve á decir la conciencia pública.

Para España solo hay posibles dos cosas:

Ó vuelve á ser lo que fuera con la restauracion en su Trono secular del derecho y de las antiguas leyes patrias en lo que la esperiencia de los tiempos modernos ha demostrado que no podia prescindirse;

Ó puede contemplar el porvenir próximo que la aguarda, bien en Méjico, con sus dictadores de un dia levantados y derribados por la insurreccion, y ya á punto de desaparecer en la nacionalidad anglo-americana; bien en Marruecos con sus bajalatos y sus bajaes, tan crueles como codiciosos é insubordinados, y ya amenazado de pasar á ser una colonia francesa.

Á mucho se han atrevido entre nosotros la ambicion y la pasion de partido; pero aun siendo una y otra lo que

son, y aun después de lo que han hecho, puede dudarse se atrevan á tanto: en todo caso, no olviden que tras de la conciencia pública suele estallar, terrible y vengadora, la indignacion de los pueblos.

VI.

Llegamos ya á la parte, si no esencial, muy principal de estas páginas. Si la conciencia pública, á la que hemos escuchado, decidiera, la gran cuestion del momento y del porvenir estaba resuelta; imperan, al contrario, porque todavía dura la hora de su poder, la ambicion de los hombres y la pasion de los partidos; y suponiendo que la conviccion hubiera llegado hasta ellas, aun seria preciso, para que abdicaran, presentarles oportuna coyuntura y causa determinante.

Oigásenos, pues, por unos momentos mas, que acaso no sean perdidos, y atiéndase, por de pronto, á estos dos ejemplos históricos tan pertinentes á la cuestion que nos ocupa que á ella misma se refieren, y tan exactos, que el uno nosotros mismos lo hemos presenciado, y el otro lo sabemos por la narracion de nuestros padres, tambien testigos presenciales.

En 1789, con la convocacion de la Asamblea de Notables se inició la Revolucion francesa, y desde que se inició, la aristocracia, por cobardía, abandonando su patria, emigró á otras tierras; el clero, por egoismo, no quiso salir del templo; los propietarios, los hombres de orden, por cobardía y egoismo, se encerraron en sus casas y desertaron de la vida pública.

Pues bien: poco despues, desde 1791, una minoría

insignificante, dos ó cuatro mil revolucionarios, abogados, médicos, cómicos y algunos frailes apóstatas, minoría perdida y anegada entre treinta y seis millones de almas, pudo imponer á estas su voluntad, despojarlas de sus bienes, y herirlas en sus sentimientos religiosos y de familia; pudo, en fin, llevarlas, por turno diario de doscientas á trescientas, á la guillotina, la gran máquina gubernamental revolucionaria que creaba el sentimiento del terror, sobre el cual, cubierta de sangre, asentaba la Revolución su imperio.

Solo en la Vendée y en Bretaña se resistió al Terror, y la historia nos dice cuáles fueron los resultados de la resistencia: la guerra civil hizo menos víctimas heroicas caídas con las armas en la mano en la Vendée y Bretaña, que las que inertes y degradadas rodaron bajo el golpe de la cuchilla. Por otra parte, llamándoseles vencidos, los vendeanos sacaron ilesos los altares y la propiedad en cuya defensa combatieran con las armas en la mano.

Este es el primer ejemplo: veamos el segundo.

En 1848, al caer Luis Felipe de su mal adquirido Trono, volvieron á renovarse las escenas de 1789, presagiando desde el primer momento las de 1793. El gobierno provisional, que se hizo responsable (aviso á quien corresponda), rechazó la bandera socialista y trazó la línea divisoria entre la democracia y el socialismo; pero se encontró muy luego dominado por los socialistas (óiganlo bien nuestros demócratas), y él hubiera planteado los despojos prácticos que antes llamaba *utopías sociales*, si el pueblo francés, aleccionado por la experiencia de 1789, no se hubiese puesto frente á frente de la Revolución.

La aristocracia comprendió que en ciertos casos el mayor de los peligros procede de la cobardía; el clero, purificado por la persecucion y el martirio, no escuchó otra voz

que la del deber; los hombres de orden conocieron igualmente que solo de su energía dependia su salvacion, y todos, unidos, se aprestaron á la lucha, á todas las luchas. Y en todas las luchas entraron, y en todas vencieron.

Al mes de hallarse triunfante la Revolucion, salió de las urnas electorales una gran mayoría conservadora para la Asamblea constituyente; á los tres meses, esa opinion conservadora que representaba la sociedad, dió el golpe de muerte á la Revolucion socialista, que es la disolucion social, resistiendo y dertotando á los cincuenta mil soldados con que el socialismo empeñara la batalla.

Si entonces hubiera habido en Francia lo que tenemos hoy por fortuna en España, la restauracion habria quedado hecha, y ni Francia ni Europa lamentarian ahora tantos y tan lamentables sucesos acaecidos en ese periodo de veinte años. Pero allí donde todo imponia la concordia, no pudieron aplacarse las rivalidades, no pudo dirigirse á un objeto comun el comun esfuerzo, y dióse causa á que el instinto de conservacion, que se agarra á cuanto puede tranquilizarle, se apiñase en derredor del heredero de quien en la primera revolucion habia cortado la anarquía en campos y calles, aunque dándole en sí el triunfo personal, conservando su principio en el gobierno, y ahitando, si se nos permite la espresion, á los anarquistas. Esto, sin embargo, no impide se vea muy claramente que la contrarevolucion empezó en Francia en 1848, á la raiz del triunfo de la revolucion; y que, gracias á eso, aunque se malograra lo que de ello podian prometerse los hombres de orden, se llegó en tres años al cesarismo, sin que se pasara por los despojos y las matanzas en masa, sin que Raspail y Blanqui pudieran emular á Marat y Robespierre, y sin los cultos estravagantes ó repugnantes de la primera invasion revolucionaria.

¿No es verdad que los ejemplos son significativos? ¿No es verdad que se prestan á serias consideraciones, y que palpitan de actualidad, segun nos dice el lenguaje moderno?

Tanto es esto así, que nosotros, sin transicion, despues de citados, preguntamos á los hombres de órden, es decir, á la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos: ¿Qué preferís? ¿Preferís pasar por las escenas de 1789 á los despojos de 1793, ó llegar por los esfuerzos de 1848 á resultados mucho mas benéficos que los de 1851, y no á los tres años, sino acaso á los tres meses? ¿Preferís á la lucha de unos dias, lucha que aquí, por fortuna, puede ser incruenta, la lenta agonía, peor que la muerte, y la muerte misma? ¿Preferís el cesarismo por una reaccion que acaso no provoquen la sangre y las ruinas, á una restauracion monárquica que puede salir de vuestra voluntad sin mas esfuerzo que el de espresarla y mantenerla?

Lo que prefirais, nos lo dirán los hechos; pero es preciso anticiparse á disipar esperanzas vanas.

Acaso hay quien discurre de este modo: "Aquí la Revolucion no marcha por los mismos caminos que la Revolucion francesa: hasta ahora, en cierto modo, nos deja tranquilos en lo esencial, sin que haya pasado de darnos algun susto que otro. Ciertó que ha despojado de sus bienes á las comunidades religiosas; cierto que derriba iglesias y levanta templos protestantes y sinagogas; cierto que ha arrancado á nuestros hijos de los colegios en que eran educados cristiana y sólidamente; mas al cabo nuestros hijos están con nosotros; aun conservamos casi todas nuestras propiedades, y vemos que se encarcela á los que quieren arrancárnoslas; aun están en pie iglesias en las que se puede orar. Con eso debemos contentarnos; no irritemos á la Revolucion; antes bien complazcámosla en aquello que nos pida y podamos hacer sin

que grite mucho nuestra conciencia, que así nos dejará tranquilos." ¡Necios discursos inspirados por el espanto y que ni siquiera curan del espanto, del que al menos se prescinde cuando se mira de frente á lo que le produce, mientras hiela el corazon, por las proporciones que toma cuando se huye de mirarlo! ¡Falaces esperanzas con que se alimenta el egoismo, ese enemigo terrible de todo lo que quiere defender y compromete, de todo lo que quiere salvar y lleva á la muerte sin defensa!

Ni la Revolucion es una cosa en España y otra en Francia, sino que es la misma cosa siempre en todas partes, ni la Revolucion quiere ni puede detenerse en su camino; y negar esto, que ella misma reconoce y proclama, que ella ha practicado y practica siempre en todas partes, es negar la evidencia. Lo que ayer hizo en Francia, es lo que hoy hace en España, y por lo que hoy hace se sabe perfectamente lo que hará mañana. El movimiento de avance puede ser contenido; pero el impulso siempre existe, jamás cambia de objeto, y á ese objeto se dirige tan pronto como el obstáculo desaparece.

En la cadena lógica de los hechos, pocos eslabones separan las predicaciones de Lutero de las aplicaciones de Juan de Leyden; en el análisis de los principios, los de Guizot y los de Proudhon aparecen confundidos, y no hay vista que descubra solucion de continuidad moral entre un despojo y otro despojo, entre la libertad de cultos y la supresion de todo culto, por mas que en la superficie aparezca otra cosa. Si la Revolucion está aquí en movimiento, si no encuentra ni el levisimo obstáculo que, sin detenerla, contenia su marcha, es delirio pretender que por sí misma la contenga; es quimera figurarse que en su marcha no tiene objeto lógico y determinado.

La cárcel en que se encierra á los despojadores, cuando se les encierra, tranquiliza á los que amenaza el despojo. ¡Tranquilidad que ha de durar poco! La cárcel que apenas corrige al delincuente que tiene la conciencia de su delito, no hace mas que exacerbar á quien cree sufrirla injustamente, á quien juzga que en su persona la fuerza comprime el derecho. Si la masa socialista comprendiera que el despojo es el robo, la propiedad estaria segura; pero se le ha dicho, lejos de eso, que la propiedad es el robo; el derecho al despojo se ha proclamado y practicado, se ha reconocido y hasta se han hecho leyes para asegurarlo, y los títulos de propiedad no son mas fuertes, sino todo lo contrario, en los despojados de ayer que en los respetados hasta este dia.

En el extremo del silogismo revolucionario, allí donde se dirige el movimiento de la Revolucion, allí donde se tenia fija la vista al dar el impulso, se ve escrita en rojos caracteres la sentencia de muerte de todos los privilegios, los de la propiedad como los de la familia, para que reine, en fin, la igualdad pura.

Allí va la Revolucion; y ¿quién puede detenerla? ¿Serán entre los mismos revolucionarios aquellos que, al encontrarse en el caso de explotar la antigua sociedad, quieran conservarla? Si tal intentan, desde que lo intenten no serán revolucionarios, sino reaccionarios, y la Revolucion pasará por encima de sus cadáveres, diciéndoles con ceño: "Vosotros lo habeis querido;" como dirá irónicamente á los míseros egoistas que se postren y la supliquen se detenga: "Vosotros pudisteis detenerme, y mereceis lo que os pasa:" voces que para unos y otros saldrán tambien de sus conciencias. Ya ha pasado la hora de las ilusiones; allí donde acabamos de mostrarle, está el ideal revolucionario; tenemos ya á la Revolucion en marcha acelerada para realizarlo, y si

hemos de detenerla, pongamos al instante manos á la obra; mirando de frente el peligro, lancémonos á dominarle.

Pero aunque tan temible por uno de los resultados como benéfica por otro, la lucha, ya lo hemos dicho, puede ser incruenta, puede terminar sin que se derrame por ella una sola lágrima. La Revolucion trabaja vivamente, pero por fortuna los revolucionarios están ya desunidos: trabajemos tambien nosotros con la misma actividad, pero sin divisiones, apartándonos del mismo mal y dirigiéndonos al mismo bien. La Revolucion levanta tribunas donde quiera, difunde por donde quiera sus escritos; hagamos lo mismo, hagámoslo todos, en todas partes, á todas horas. La Revolucion va á llevar sus huestes á las urnas, porque de ellas quiere sacar mayores fuerzas; las urnas no son nuestro terreno: eso no importa; vayamos á ellas, porque las derrotas en terreno propio son las decisivas, y salga de allí el bien, en vez de salir el mal; triunfemos en esa primera batalla, y acaso no necesitaremos nueva batalla para consolidar el triunfo.

Pero al ir al terreno de nuestros adversarios, ni empleemos sus armas, ni combatamos del modo que ellos quieren empeñar el combate.

Se puede ir á las urnas para votar, en un sentido ó en otro, lo que se haya propuesto que se vote; y lo primero que se debe hacer es rechazar esa imposicion por contraria al mismo principio de la soberanía nacional, y por ilógica en este caso en que se pide una manifestacion de esa soberanía. Ya que se quiere que de las urnas salga la república ó la monarquía, sea eso lo que salga, y no el nombre de un hombre que en su día diga por todos lo que todo el mundo puede decir por sí mismo. Una papeleta se echa en

la urna; digan todas nuestras papeletas: *Monarquía española: Carlos VII*, y sea eso lo único que se espese en ellas. Se dirá que esas papeletas no han de tener valor ninguno en cuanto á la eleccion, y que perderemos la coyuntura de traer á las Cortes una mayoría nuestra, ó al menos un núcleo de hombres que defiendan nuestras ideas y pidan la solución que apetecemos; pero á esto que se dice, ó que podría decirse, hay mucho que responder sin que tenga réplica.

Supongamos que se vota pura y simplemente, como la Revolucion lo ha dispuesto, á los diputados que han de decidir si tendremos aquí la república, y qué república, ó si hemos de volver á la monarquía, y con qué condiciones; supongamos que logramos sacar de las urnas una gran mayoría; supongamos que despues de eso se reunen las Cortes, y que, reunidas, nuestra mayoría vota la monarquía de D. Carlos: ¿habremos adelantado algo con todo eso que suponemos realizado contra todas las probabilidades? ¿Vendrá sin mas D. Carlos á ocupar el Trono?

Fijémonos en lo razonable.

De las urnas salen los nombres de diez, veinte, cuarenta ó sesenta de nuestros amigos, y las Cortes se reunen, y nuestros amigos se presentan en ellas, y pronuncian elocuentísimos discursos, y votan contra la libertad de cultos, contra la república y la monarquía doctrinaria y extranjera pero eso es todo. La mayoría está contra ellos; lo que la mayoría decide se ejecuta, computándose los votos negativos con los positivos, y se da forma legal á todos los hechos, sin que por todo ello nos quede otra compensacion que la de los discursos, triste compensacion, por elocuentes que los discursos sean, para los hechos que en ellos se combaten y que están ya consumados.

Es verdad que los discursos pueden enardecer los senti-

mientos; mejor, sin embargo, los enardecen los hechos que se dejan sentir mas que los discursos, y muy frecuentemente los discursos que señalan la odiosidad de ciertos hechos impiden esos mismos hechos, é impiden otros que, refiriéndose esclusivamente á los revolucionarios, pasando en familia, digámoslo así, solo á ella hieren, y de tal modo á veces, que la desangran. En frente de ochenta voces y votos católicos y monárquicos, los revolucionarios no nos darán esos hechos que, de hallarse solos, surgirían entre ellos á cada paso y cada vez con caracteres mas fuertes.

Veamos ahora lo que encierra nuestra idea.

Lo primero que encontramos en ella es que llevará á las urnas á muchos que no acudirían á ellas de otro modo: se trata de un voto decisivo é inmediato, que va al fondo de las cosas y se refiere á la persona que puede imponer grandes sacrificios y que inspira actos enérgicos; no de que al cabo de un mes ó dos un hombre que merezca mas ó menos respeto cuando es conocido, porque puede no serlo, pronuncie un discurso para decir, si lo dice, lo que sus electores quieren ó lo que rechazan. Se ha proclamado amplia libertad para la eleccion; con esto ya sabemos que no habrá medio *moral* ni material de que no se eche mano para que las elecciones sean á gusto de los señores; pero contra esos medios hay hoy otros medios. En Francia, en 1848, los departamentos á los que habia enviado Ledru-Rollin prefectos *ad hoc*, ó no quisieron recibirlos, ó buenamente los echaron; y allí donde los rojos acudieron á la eleccion con armas para imponer el voto, acudieron los no rojos armados para no sufrir imposicion ninguna, que en efecto no sufrieron; siendo de notar que no ha habido, á pesar ó á causa de eso, elecciones mas pacíficas que aquellas.

Supongamos ahora que por la persona y por el objeto se organizan los nuestros para la eleccion, de modo que todos acudan á ella y en ella mantengan sus votos, suposicion que nada tiene de violenta; supongamos que, verificada así la eleccion, contadas debidamente las papeletas, resultan millon y medio ó dos millones con las palabras: *Monarquía española; Carlos VII*, suposicion que puede darse por hecha si la anterior se realiza: ¿valdria, todo lo que pudiera dar de sí una mayoría en las Cortes, la ínfima parte de un acto como ese, no porque diera ningun nuevo derecho á D. Carlos, ni porque él reconociera ese derecho nuevo, sino porque, al contrario, con ello la nacion reconoceria el verdadero derecho?

Pues con ese millon de papeletas, ante los poderes aquí constituidos, que han dicho que respetarian y acatarian la decision del pais, decision que en este caso apareceria clara; y ante Europa, que ha oido el solemne compromiso de esos poderes, nosotros pediríamos que se cumpliera, y Europa lo pediria con nosotros, fuera ó no de su agrado.

Tal es la idea que el exámen de la situacion y el de lo que se nos viene encima nos ha inspirado, y que entregamos á la meditacion de nuestros amigos y á la decision de nuestros jefes. Ante lo que estos decidan inclinaremos desde ahora la cabeza, y, unidos á nuestros amigos, trabajaremos en última fila, pero como el que mas, por el buen resultado de lo que se determine: únicamente advertimos, para el caso de que se aceptase lo que hemos propuesto, que en todos, absolutamente en todos, la actividad debe igualar á la energía; que inmediatamente por parte del clero, de los propietarios, de los industriales, habria que hacer lo que se hizo en Francia en 1848, lo que se hace siempre en Bélgica, lo que tan admirablemente decia una

carta publicada há pocos dias en *El Pensamiento Español* se estaba practicando en Inglaterra.

Por lo demas, si ante el resultado de la eleccion y por parte de los poderes el compromiso no se cumplia; si se viera nuevamente que ciertos hombres no tienen mas código de deberes que el cálculo de su ambicion, ni otras reglas de conducta que las inspiraciones de sus apetitos; si persistieran en mantenernos en la condicion de ilotas para seguir ellos en la de sibaritas; en ese caso, entonces, ulceradas en nuestro corazon las heridas que han abierto tantos y tantos golpes inferidos á nuestra Madre la Iglesia; renovadas en nuestra memoria tantas y tantas injurias inferidas á cuanto amamos y respetamos; ante los espectáculos del pasado precursores de los venideros, habremos de pensar..... en la muerte de la patria.

Pero no se olvide que en las urnas, como queda dicho, podemos salvar, y asegurar, y fortalecer su vida.

Hemos espuesto lo que nuestra inteligencia descubre en la situacion que atravesamos; hemos juzgado tambien del pasado, y al fijar la mirada en el porvenir, esplicita y terminantemente, sin vacilaciones ni anfibologías, hemos rechazado lo que nos parece contrario á los intereses, la dignidad, la independencia y la vida misma de nuestra patria; hemos presentado lo que apetecemos para su bien, su tranquilidad y su gloria; hemos dicho, finalmente, lo que debia hacerse para lograr, ó ponernos al menos en posicion de lograr, el bien apetecido.

La cuestion, con todos esos extremos, es una en el fondo, pero tiene dos fases: la política y la religiosa. Nosotros

nos hemos fijado en la política por muchas razones, y entre otras, por la capital de que al fijarnos en la religiosa, hubiéramos tenido que tratar la cuestion en su fondo; nos habríamos visto obligados á escribir un libro, y no un folleto. Y dado que fuéramos capaces de escribirlo, el libro no conviene á la situacion que atravesamos; no hiere directa y mediatamente el punto que hoy llama nuestra atencion y reclama nuestros esfuerzos.

Nosotros somos de los que siempre hemos dicho y defendido que la política tenia que ver con la Religion, ó, mas claro, que la política moderna era por esencia y potencia anti-religiosa; hoy en esto, como en otras muchas cosas, concuerdan con nosotros los que ayer nos contradecian, y queremos dejarles la satisfaccion de esponer sus nuevas convicciones, por nuevas mas ardorosas, y nos complace en extremo que nuestra union aparezca, no solo en lo que deseamos, sino en lo que comprendemos y sentimos. Bueno es ademas que la verdad de lo que defendemos se deje apercibir en lo que, ateniéndonos los unos á la política y los otros á la Religion, salga de nuestra pluma.

Hubo un tiempo en que la sociedad católica tenia, para defensa de su principio vital, fuertes antemurales; resguardábanle el arte, la literatura, la legislacion, la política; y el arte representaba entonces la verdadera belleza, y la legislacion respondia entonces á las necesidades del linaje humano, y la política afirmaba entonces todos los derechos, y no se separaba jamás de la justicia. El espíritu del mal estaba vencido, pero no resignado; disfrazose cuidadosamente; para concluir con el principio empezó por dejarle sin defensa; ante su trabajo de zapa, harto bien secundado por las pasiones suicidas de los hombres, acabó con el arte, con la legislacion y con la política que le protegian, y al

hallarse solo con él, descubriose, lanzándose rugiente para despedazarle.

En el fondo de la situacion de la actual sociedad no se ve mas que esa lucha. A ella íntimamente se refieren todas las cuestiones, y lo que hoy acaece entre nosotros, no es tampoco otra cosa: es esa lucha que ha llegado al punto y al período decisivos. Así, lo que principalmente buscamos en la solucion que hemos defendido, es que se salve el principio vital de la sociedad católica y de toda sociedad; que en la política se vuelva á levantar el antemural que le protegía, y que por la política se emprenda igualmente la restauracion de los demas antemurales, el de la legislacion como el del arte.

Abrigamos (¿por qué no hemos de confesarlo?) respecto al porvenir de nuestra patria, la mas absoluta confianza. Al pensar que las cosas han llegado á punto de que no se halle para España otra solucion salvadora que la que restaure la monarquía legítima; al ver que lo que no hace aun tres meses se llamaba la causa carlista, y se consideraba como borrado del cálculo de probabilidades de la política, es hoy, en hecho de verdad, y para los mismos que se mostraran sus implacables adversarios, la causa nacional, y aparece llena de vida y pujanza; al recordar los hechos pasados, viendo cuán infructuosos fueron los esfuerzos sobrehumanos de los hombres para sentar en el Trono de España á Carlos V, que no se hubiera mantenido en él con los vaivenes revolucionarios de Europa, y al Conde de Montemolin, que habria corrido tambien grandes azares; al considerar, por último, todo lo que en las circunstancias que han sobrevenido aquí, en las que se encuentra Europa, en las de la persona augusta de D. Carlos, nos promete el triunfo sin luchas, la reparacion sin venganzas, la satisfaccion sin amarguras, no nos



es posible, ni aun por su misma excesiva belleza, dudar del porvenir que se nos prepara.

Hemos oído referir á personas de verdad, pero ni ellas garantizaban ni nosotros garantizamos el hecho, que viendo un día un augusto y venerable personaje á D. Carlos, cuando este solo contaba tres años, fijó en él su mirada, que muchas veces ha leído en el libro del porvenir, y dijo: *Este niño es la esperanza de España.*

No podemos presumir todo lo que el venerable personaje, al pronunciar esas palabras, veía en el tierno niño que se le habia presentado; pero sí afirmamos, supuesta la autenticidad del hecho, que vió en él, no ya solo la representacion de un principio, sino la voluntad enérgica y decidida de no rechazar jamás esa representacion y de ser fiel á los deberes que impone su grandeza. Y afirmamos otra cosa de ciencia cierta: afirmamos que de los labios de D. Carlos, adolescente todavía, han salido, como respuesta á la pintura que se le estaba haciendo de la situacion de España, tan llena de dificultades como de peligros en los meses que precedieron á la insurreccion del general Prim en Aranjuez, estas palabras que dan cabal idea de sus sentimientos, y que son las que mejor rematan las reflexiones todas que acabamos de esponder en este opúsculo:

Solutio omnium difficultatum Christus.

APÉNDICE.

Desde que concluimos de escribir lo que se ha leído, háse visto á la democracia multiplicar sus esfuerzos, y buscar por todos los medios el triunfo de la forma republicana; pero todos sus escesos, con el de la debilidad del gobierno, no han producido otro resultado que el de mostrar la impotencia del partido para lo que no sea un ruido discordante que solo puede agradar á las personas mal conforma-

das de oído y de inteligencia, enemigas de la armonía, que es el orden, y apasionadas por el ruido, que es la confusión. La república podrá salir en España de un golpe de mano; pero será arrojada en el instante *por otro golpe* que ni siquiera se ha de llamar así.

¡Montpensier! Le emplazábamos para su primer acto, y ya hoy el pueblo ha dicho lo que era el hombre con una sola palabra. Se le llama Cain; pero Cain, avergonzado de su crimen, ocultó el rostro al oír la voz del Señor, y Montpensier asoma el suyo tras de los heraldos que ha podido encontrar para que pregonaran sus hechos hasta hoy desconocidos ó anónimos, y que son en junto la reproducción del de Cain con circunstancias agravantes, si no en la víctima del fratricidio, en el fratricida y en el acto. Odioso como conspirador por triple concepto; rechazado ó ridiculizado por sus mismos escasos partidarios en vergonzantes defensas ó vergonzosas apologías, Montpensier se nos aparece hoy como nosotros le presentamos. La candidatura de Montpensier está enterrada; sírvela de losa funeraria el desprecio del pueblo español, que todas las fuerzas de la dinámica no alcanzarán á remover siquiera, porque á su propio peso une el de las Siete PP señaladas en la frente de los que sufren la pena de sus faltas en el purgatorio del Dante.

A la vez, lo que por todos esos hechos hubiera podido ganar la candidatura de D. Alfonso, lo pierde por la reflexión que ellos provocan. Los hechos piden un hombre; la reflexión pide un hombre que sea Rey, Rey verdadero, si al huir de las miserias y terrores de la anarquía no hemos de caer en las tristezas y degradaciones del despotismo; y cuanto mas se siente la necesidad de un hombre y de un Rey, mejor se comprende que la candidatura de D. Alfonso nada resuelve: D. Alfonso nunca podría ser Rey verdadero; y dado que llegue á ser un hombre, es y será todavía niño por largo tiempo.

¡Oh fuerza de las cosas, que es fuerza de Dios! Allí donde está exclusivamente el derecho, allí únicamente aparece la solución salvadora; y allí donde ya se dirigian, buscando su satisfacción, tantos sentimientos, corren ansiosos, buscando su resguardo, todos los intereses. Así habla Dios por la voz de los acontecimientos y determina su acción por la de los impíos que se figuran dirigirla contra el plan divino: del desorden surge el orden: los agentes mas resueltos de la revolución aparecen como los autores mas directos de las restauraciones.

OBRAS Y ESTAMPAS

que se hallan de venta en la imprenta de LA ESPERANZA,
Pez, 6, Madrid, y en la librería de Olamendi.

OBRAS.

PRECIOS:
Madrid. Ptas.

Vida de Nuestro Señor Jesucristo , por Luis Veuillot (segunda edición). Esta magnífica y acreditada obra, tan necesaria en los presentes circunstancias, y cuya numerosa primera edición se agotó en breves días, consta de un hermoso tomo en folio de 500 páginas de impresión lujosa, adornado con una estampa del Salvador.....	36	42 rs.
Biografía de Pío IX , por Luis Veuillot: un folleto folio, con el retrato de Su Santidad, de un parecido extraordinario.....	8	10
Diario cristiano , que contiene el martirologio de cada día y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la explicación del misterio que en aquel día celebra la Iglesia, recopilado de varios autores por D. Miguel Martínez y Sanz: un tomo de 440 páginas.	8	10
Los Mártires del Japon : edición ilustrada con 5 láminas: un tomo en 8.º de 250 páginas.....	14	13
La misma obra, edición económica.....	6	8
Resumen histórico y completo de la Aparición de Nuestra Señora á dos pastorcillos en el monte de La Saleta , escrito por el presbítero D. Domingo Hevia, seguido de la novena á la misma Señora, con un bonito himno á propósito para ponerse en música, compuestos uno y otro por el Dr. D. Felipe Velazquez y Arroyo.—Este interesante librito está adornado con una hermosa estampa grabada en acero, que representa la imagen de Nuestra Señora en el acto de su aparición á los pastores.....	4	4 ½
Devocionario para niños , por D. Miguel Martínez y Sanz: está adornado con cuatro estampitas, y es muy á propósito para premiar á los niños.....	2	2 ½
La Última Enciclica de Su Santidad y el partido progresista , por D. Enrique de Itivera y de Palma: un folleto en 8.º.....	4	4 ½
Las Glorias de María celebradas desde el púlpito , por los mas distinguidos oradores españoles.....	8	10
Calendario Píadoso , por D. Miguel Martínez y Sanz (se publica desde el año 1864): un tomo en 8.º de cerca de 200 páginas cada año. (Hay ejemplares de todos los años que lleva de existencia.).....	4	4 ½
Novena de los Mártires del Japon , adornada con una lámina y enriquecida con muchas indulgencias.....	1	1 ½
Novena al esclarecido San Roque , compuesta y dedicada al mismo Santo por el presbítero D. Felipe Velazquez y Arroyo.....	2	2 ½

ESTAMPAS.

Imagen de Nuestra Señora de La Saleta, en un gran pliego doble marquilla y magnífico grabado.....	21	24
Id. id. id., en un pliego marquilla.....	11	16
Id. id. id., en medio pliego marca comun.....	5	6
Id. id. id., en cuartilla.....	2	2 ½
Id. id. id., para registros, con bonitos calados.....	2 ½	3
Id. id. de la Purísima Concepcion, copia del celebre cuadro de Murillo, en tamaño marquilla.....	6	8
Id. de Nuestra Señora del Carmen, en el mismo tamaño.....	6	8
Id. del Salvador, en igual tamaño, copia del de Juan de Juanes.....	6	8
Retrato de Pío IX, de gran parecido: el mismo tamaño.....	6	8
Calvario de Nangasacki, en que fueron crucificados los veintiseis bienaventurados Mártires del Japon, litografiado á dos tintas, en tamaño de cuartilla: medio real cada estampa, y 5 rs. en docena.		
El mismo Calvario, grabado en madera, á dos tintas, en octavilla: 3 rs. la docena. Estas estampitas son muy á propósito para premios á los niños.		
FOTOGRAFÍAS de la Virgen de La Saleta en tarjeta, con la propia imagen de Nuestra Señora que se venera en su Santuario: 3 rs. en Madrid y 4 en provincias.		

MEDALLAS DE PLATA de Nuestra Señora de La Saleta, á 2, 3 y 4 rs. cada una. Los gastos que ocasione su envío fuera, son de cuenta del que las pide.

Todas estas obras, estampas y medallas se hallan tambien de venta en la calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero, Madrid, donde pueden dirigirse los pedidos de fuera, á nombre de D. Antonio Perez Dubrull, editor, acompañando el importe en libranzas ó sellos.

- PRECIOS Y PUNTOS DE VENTA.

Este folleto, adornado con los retratos de D. Carlos de Borbon y de Este y de su augusta esposa doña Margarita, se halla de venta en Madrid, á SEIS REALES cada ejemplar, en las librerías de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6.—Sres. Hijos de D. Gabriel Sanchez, calle de Carretas.—Sres. Viuda é hijo de Aguado, calle de Pontejos.—D. Mariano Escribano, calle de Izquierdo (antes del Príncipe).—Sres. Viuda é hijos de D. J. Cuesta, calle de Carretas.—D. Victoriano Hernando, calle del Arenal.—D. Antonio San Martín, Puerta del Sol.—Sres. Gaspar y Roig, calle de Izquierdo (antes del Príncipe).—D. Salvador Sanchez Rubio, calle de Carretas.—D. Alfonso Durán, Carrera de San Gerónimo.—Señores Lejé, hermanos, calle del Arenal.—D. C. Bailly-Bailliére, calle de Popete (antes Príncipe Alfonso).—Sres. Moya y Plaza, calle de Carretas.—D. Leocadio Lopez, calle del Carmen.—Don Antonio García, Corredera Baja de San Pablo.

En las provincias se halla de venta, á SIETE REALES cada ejemplar, en los puntos siguientes:

Albacete, Madrid.—Alcalá, Barralona, Herederos de la Viuda de Pla, y Viuda de Pelayo.—Almería, D. J. Bertrando.—Bilbao, Sr. Hijo mayor de la Viuda de D. J. Campes.—Burgos, Potes, y Villanueva.—Cáceres, D. J. Campes.—Cádiz, Morilla y compañía.—Cienfuegos, D. J. Campes.—Córdoba, D. J. Campes.—Granada, D. J. Campes.—Huelva, D. J. Campes.—Jaén, D. J. Campes.—Lugo, D. J. Campes.—Málaga, D. J. Campes.—Murcia, D. J. Campes.—Orense, D. J. Campes.—Palencia, D. J. Campes.—Pamplona, D. J. Campes.—Pontevedra, D. J. Campes.—Reus, D. J. Campes.—Salamanca, D. J. Campes.—Sevilla, D. J. Campes.—Soria, D. J. Campes.—Tordesillas, D. J. Campes.—Valladolid, D. J. Campes.—Vigo, D. J. Campes.—Zamora, D. J. Campes.

Los pedidos pueden hacerse tambien por correo, á todos los señores comisionados de La Esperanza, y dirigidos á D. J. Campes, Perez, Durán, y Roig, calle del Pez, núm. 6, principal, Madrid, acompañando el importe en libranzas ó sellos.

Retratos sueltos en tarjeta.

De los retratos fotografiados que acompañan al texto del folleto se ha hecho aparte una esmeradísima tirada para los que deseen tenerlos ó conservarlos de ese modo. Se dan sueltos á 3 rs. cada uno, tanto en Madrid como en provincias; pero el que los pida desde fuera para que se le remitan certificados como las cartas, añadirá á dicho precio el importe del franqueo á razon de un sello de medio real por cada par de retratos, y los dos reales que cuesta certificar el envío. Si á la vez que los retratos se pide algún folleto, pueden incluirse dentro de este, evitando así dichos gastos de correo.